

SEMANARIO GRÁFICO DE LOS TOROS

El Ruedo



ANT. FERRER

3
PTAS.



¡Taparse!

JAAYEDRA



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Dirección: Fernán González, 28. — Teléfs. 265091-265092
Administración: Alfonso XII, 26. — Telef. 214460
Año VI - Madrid, 20 de enero de 1949 - N.º 239

★ CADA SEMANA ★

Empresarios y apoderados, en danza

LUEGO pasará... lo que pase. Pero ¡ahora!, ¿quién les quita a los apoderados la vanidad de propalar por las cuatro esquinas, que en este caso son las Cuatro Calles madrileñas que van desde la plaza de Canalejas hasta el cruce de la de Alcalá con la de Peligros, la buena nueva de que «sus» toreros han firmado tantas y cuantas corridas y de que van a cobrar por ellas tanto y cuanto?

Se inicia, se ha iniciado ya, por estos días, la fase pintoresca de la contratación. Por Madrid andan, en juego curioso del gana-pierde, empresarios y apoderados acechando oportunidades, desdeñando ofrecimientos y dispuestos a aceptarlos, sin embargo, a la menor indicación. Posiciones primarias de esgrima de las que todavía nadie se atreve a tirarse a fondo.

Estamos en los preliminares de la nueva temporada. Tanteos, conversaciones, fintas. Los protagonistas del taurinismo, de los entrebastidores del toreo, van de un lado a otro, desde la cervecería al café, pasando por el restaurante, en busca de soluciones y componendas. Todo son reservas, aplazamientos para ultimar combinaciones, lonjas del mejor postor, equívocos; «pares y nones», como se dice en el argot de circunstancias. Todo se va diluyendo entre tazas de café y copas de coñac. Nada hecho. O muy poco hecho, desde luego.

¿Cómo va a ser la temporada? Parecía que iba a depender de los toros; pero, por lo que se ve y por lo que los empresarios más avezados dicen, eso no es problema. Hay toros. De ganaderías más o menos punteras; pero los hay. En todo caso, si no los quieren los «ases», los aceptarán los de segunda fila, y a falta de éstos, los decisivamente modestos. Pero las corridas se darán. Tantas como el año anterior, o acaso más.

Uno de los empresarios más populares —quizá porque sea el que mayor número de corridas organiza al año— nos decía, no más lejos que el sábado pasado: «Tengo las mismas corridas que he tenido todos los años, y de las mismas ganaderías. De precio hablaremos luego. Todo dependerá de la gente que acuda a la Plaza. Acaso hubiera sido preferible que los ganaderos se hubieran mantenido en las doscientas mil pesetas que se propusieron. La baja hubiera sido mayor, porque, a ese tren, los presupuestos se hubieran encarecido terriblemente, no hubiera sido posible organizar carteles, y entonces la falta de demanda hubiera aligerado las pretensiones desorbitadas de la oferta.»

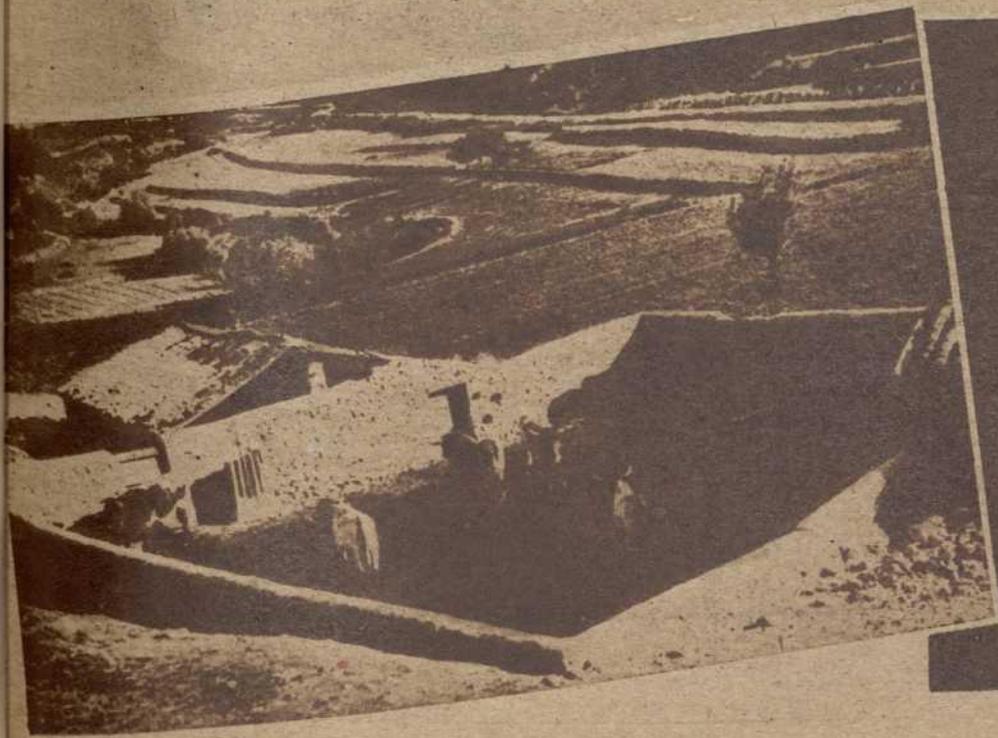
—¿Y de toreros?—se nos ocurrió preguntarle.

—¡Ah! Los de siempre. Los que tienen cartel. A ellos les interesa tanto como a mí. Y si no les interesa ni a ellos ni a mí, es que no interesan a nadie.

Después de estas declaraciones, concluyentes, la futura campaña taurina, sobre la que, tanto se ha especulado, no representa ninguna incógnita excepcional. Todo será cuestión de acoplamiento, de acomodar ganaderías y fechas. Como siempre, después de todo, pero sin que existan esos gravísimos problemas que se han echado a volar en la tregua del invierno.



En Granada se ha inaugurado el día 6 de este mes un «Club taurino», en el que se integran las personalidades más destacadas por su afición en la ciudad de los cármenes. He aquí una perspectiva del Club, pródigo en rincones de sabor típico, como este, tomado desde la entrada, que reproduce la fotografía de Torres Molina



Esta es la época de las tientas y de los herraderos. En la finca «Los Rayones», de don Francisco Gallardo, con la misma tranquilidad del paisaje, las reses a tentar aguardan en la corraleta bajo el amparo de los cabestros. (Fotos Torres Molina)

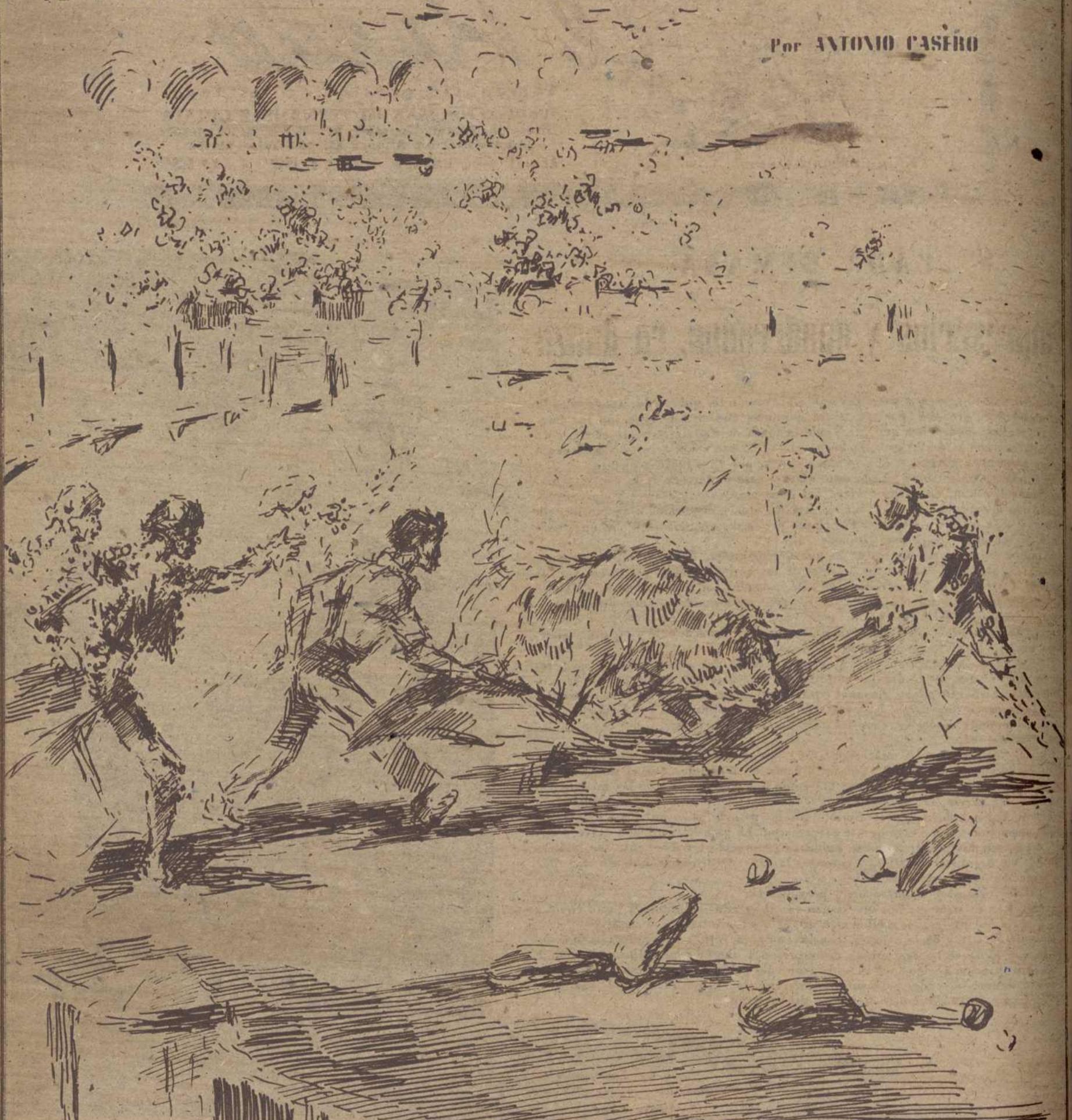
De que es así nos da una idea el rejuego de estos días entre apoderados y empresarios. Una cosa es presumir, y otra firmar. Y firmar, se va firmando bastante, sin exigencias excesivas, aunque luego se alardee, en el colmado o en el bar, de que se ha hecho pasar a tal o cual arrendatario de Plazas de Toros por las «choreas caudinas». En definitiva, en unos y en otros, «menos lobos». Y esto es lo normal. Porque no queremos parar la atención, ni es necesario, en quienes todavía pretenden una propaganda graciosa a sus actividades intentando los procedimientos desacreditados de la intriga y de la insidia. Todo eso hace ya tiempo que está mandado retirar y no conduce sino al ridículo.

Lo cierto es que ya se empieza. Apoderados más o menos fanfarrones y empresarios más o menos cucos andan, en estos días, por Madrid, a ver quién engaña a quién. ¡Cuidado! de que el engañado no sea el público...!

AYER Y HOY

“El Capitalista” enemigo n.º 1 de la Fiesta

Por ANTONIO CASERO



Todo buen aficionado debe rechazar al Capitalista. Ayer fué un episodio pintoresco; hoy es uno de los más lamentables espectáculos. Entorpecer la lidia, estropear al toro y puede ser ocasión de un conflicto público... Y todo, ¿para qué?... Que levante el dedo quien conozca a un aficionado de estos que llegara a ser figura en el toreo...

ANTONIO CASERO

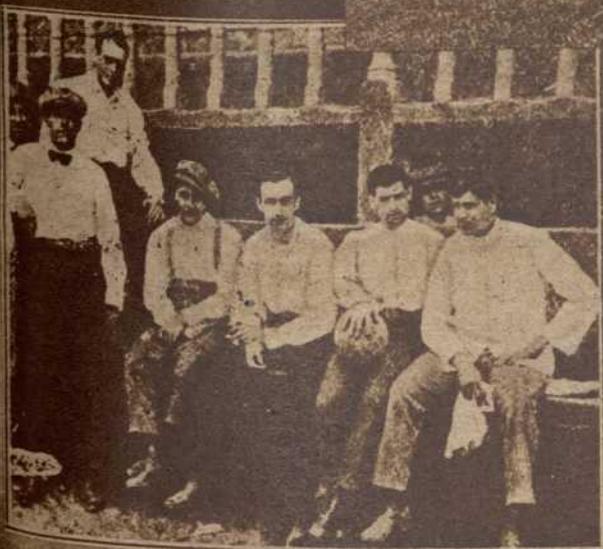
LOS TOROS
Y EL FÚTBOL
JOSELITO
también fue
deportista



«Jose-
lito», cazador, en la finca del
ganadero don Félix Urco-
la, situada
al término de Lora del Río. Y como
providor de sus escopetas, el que lo
fue de sus estoques, Jaime Quirós



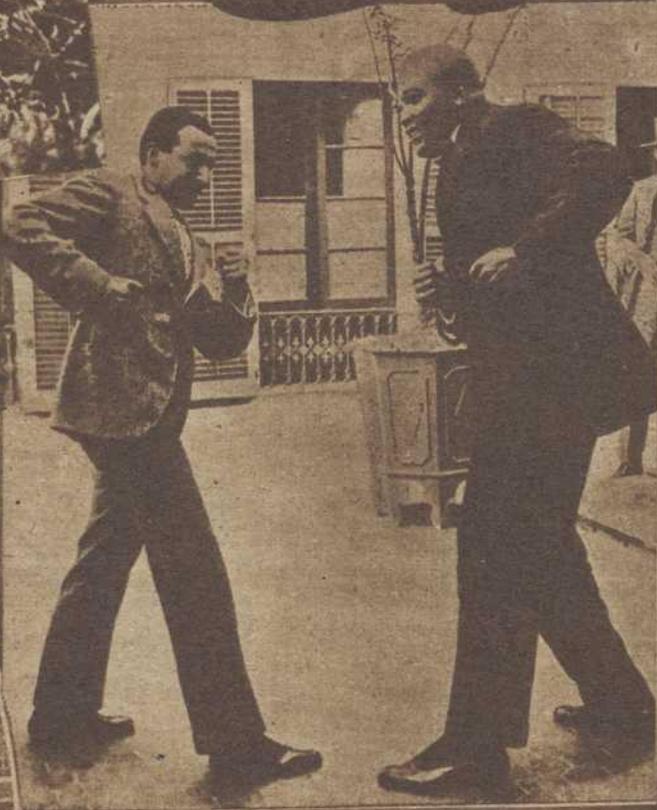
Sus aficiones
ciclistas
convirtieron en velódromo
las arenas del viejo
circo taurino de Lima



Las carreras de
liebres
con sus galgos favoritos
subyugaban al famoso
torero

José en el centro del
equipo futbolístico a
que nos referimos. A
su izquierda, «Mano-
lete», padre, en po-
sesión del balón, y a
su derecha, el delan-
tero Gabriel Hernán-
dez, «Posadero»

Jugando al billar
y atento a una ca-
rambola ejecutada
por su hermano
Rafael



José, en plan de boxeo, con el célebre
púgil Johnson



El combate futbolístico librado no hace muchas semanas en el campo del Plus Ultra entre dos equipos, constituido uno de éstos por varios matadores de toros y de novillos, encuentro comentado jocosamente por nuestro querido compañero "Emecé", nos trae a la memoria las actividades deportivas de un gran torero: "Josecito".

No tiene razón "Emecé" para asegurar, como lo hizo, "que hay todavía muchos aficionados viejos que no transigen con estas que pudiéramos llamar impurezas de la realidad".

No, distinguido amigo. A nosotros, que ya nos encontramos en las postrimerías de la llamada segunda edad, esta recreación costada al margen de la temporada taurómaca no nos causa la menor inquietud.

Refuércese por nuestra parte el equipo toreril hasta el extremo que se considere conveniente para que en nueva ocasión no le den en la cresta, como ahora ha sucedido; desarrollen sus componentes los músculos para después pelear con la fiereza de las acometedoras reses ante la admiración de las gentes o para tomar el olivo en caso necesario; pero conte que a los que peinamos canas no nos ha sorprendido la llamada modalidad, porque hace la friolera de treinta años los toreros ya cultivaban el "belompié", cuando éste no contaba con los adeptos que en estos tiempos tiene.

Fue "Josecito", como hemos dicho, el lidiador que mayor número de deportes cultivó.

El desventurado torero de Gelves, también maestro en el arte de montar y manejar el caballo, durante su campaña taurina 1919-20, en Lima, el albero del coso del Acho le convirtió en campo de fútbol, y a este deporte se consagró durante muchos días, en unión de "Manolete", padre del otro "Manolete", fallecido trágicamente en Linares; Curro Martín Vázquez, Isidoro Martí, "Flores", "Angelete" y el banderillero Gabriel Hernández, "Posadero", diestros que le acompañaron en la única temporada que realizó en América.

También el ruedo del circo sevillano de la Real Maestranza fue, en otras ocasiones, teatro de las habilidades futbolísticas de José, rivalizando en destreza con los matadores de toros Ignacio Sánchez Mejías, su hermano político, y Posada.

Fue, por consiguiente, "Josecito" el primero, o uno de los primeros, en no aceptar la incompatibilidad del toro con el fútbol, estimadísimo "Emecé".

En otros aspectos, tan célebre torero dió pruebas de su gran dinamismo.

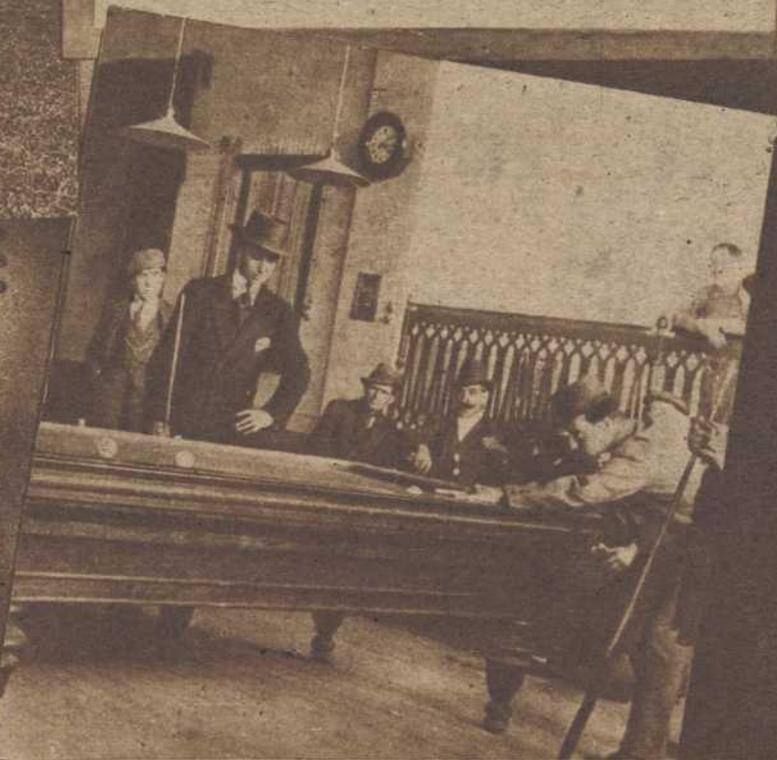
Aficionado al juego de pelota, en este deporte vacó siempre de manifiesto su gran vista y agilidad, y como cinegético, su puntería le dió fama de gran cazador.

Correr liebres fue asimismo otra de sus predilectas aficiones, y como ciclista, montaba sobre el caballo de acero con la misma destreza que lo hacía sobre los de carne y hueso.

Billarista contumaz, en tan noble juego resolvía las más difíciles carambolas, y a tal extremo llegaron sus aficiones al deporte, que en el aspecto pugilístico, en serio y en broma, midió sus fuerzas con el famoso boxeador negro Johnson.

Hállanse conformes los panegiristas de tan celebrado lidiador en que "Josecito", con una cantidad excesiva de amor propio, practicó, dominándolas, todas las suertes del toro, incluso la de picar, y nosotros estamos conformes con ellos.

DON JUSTO



LOS TOREROS VIGILADOS

Un día "bueno" de PEPIN MARTIN VAZQUEZ

La cama número 13, en el tren. — Las francesas y las españolas. — El camarero trae un recado. — Vida en el campo sevillano. — Ocios y lecturas. — El entrenamiento. — Andalucía y Salamanca. — Exactitud en la suerte de varas. — La piedra de los sueños...



Quando descansa en el campo, uno de sus entretenimientos favoritos es escuchar música. Los discos de su gramófono dejan oír los compases de Falla y de Granados, de Turina y de Albéniz

—Esta es la primera entrevista que celebro "de verdad"—me dice Pepin Martín Vázquez, claros ojos, fino acento andaluz, corbata elegante y un aire de señorito sevillano auténticamente gracioso, que nos cautiva y nos gana la voluntad.

—La primera entrevista, ¿por qué?

—Porque me han hecho muchas entrevistas para la Prensa, pero a todas las he contestado con pocas ganas. Hoy me ha cogido usted "en mi día". Hoy estoy a gusto, y voy a hablar un rato largo. Soy un poco raro, ¿sabe usted? Cuando me levanto sin deseos de hablar, no hay quien me saque una palabra del cuerpo; pero hoy... ¡vigíleme y pregunte lo que quiera!

—¿Cómo andamos de superstición?

—¡Na de na! El otro día me dieron en un tren la cama número 13 y me quedé tan fresco..., porque inmediatamente me las arreglé para cambiársela a otro viajero. Siempre hay recursos. Me encanta viajar. Hace poco estuve en París. En seguida me entendí con todo el mundo. Yo decía las cosas a mi manera, y me comprendían perfectamente. El idioma "se me dió", y en el teatro no perdí ni una sílaba. Por cierto, que vi en un teatro de revista a un excéntrico originalísimo, que hace reír fingiendo que está azorado, y se come las cerillas, la corbata y la solapa de la chaqueta... Algo estupendo. Y luego, las francesas, que tienen una gracia y una picardía elegante...

—Pero las españolas...

—Esas son las mejores del mundo. Mire usted, por ejemplo, aquella morena que está allí, en la mesita del fondo...



En la finca de su madre, Pepin Martín Vázquez practica la caza, uno de los deportes a que es más aficionado



Manuel Martín Vázquez, antiguo matador de toros, cuenta a su sobrino anécdotas de otros tiempos

Unos amigos han llegado a pasar la tarde junto al torero en su finca sevillana. Brilla la manzanilla en las cañas bajo el alegre sol andaluz como en la música de un pasodoble





En los naipes tal vez la suerte lo sea todo. En el toreo mandan la inteligencia, el arte y el corazón

Torear de salón es lo que más practica durante el invierno, en la finca de su madre, a siete kilómetros de Sevilla

Lector infatigable, Pepín tiene ahora entre sus manos una novela que se titula «El manto sagrado», por Lloyd C. Douglas. Es la historia de la túnica de Cristo



que esto es esencial para cobrar mecánica y técnica, algo semejante al "hacer dedos" de los pianistas. Luego, en la Plaza, es la inspiración la que manda. Cuando acabo una faena no recuerdo lo que he hecho, pero "estar en forma" es importantísimo.

—¿Y los tentaderos?...

—Hombre, claro. Cuando llega el tiempo propicio procuro alternar Andalucía con Salamanca. En un sitio hay cantidad y variedad; en el otro, intensidad y concentración. En los dos se aprende mucho.

—El resto del tiempo...

—Lo paso leyendo. Al principio me gustaban las novelas de aventuras, pero luego

necesitan. ¡Depende tanto de eso el éxito de una faena!...

—Y su novia, ¿qué dice?

—¡No me "caza" usted! No tengo novia ni estoy enamorado. Cuando uno piensa que le pueden querer por ser torero, y nada más que por eso, hace el corazón "asi" y se retrae... Ese es un problema muy serio y nos distrae demasiado. Yo no quiero pensar más que en mi arte, en torear bien, en quedar cada vez mejor, para poder sentarme tranquilo en esa piedra que hay a la sombra de una casa sevillana, bajo el cielo azul, delante de los olivos, donde tanto soñé y me gusta seguir soñando. ¿Me explico?...

—¿Y toreado también se explica usted, andaluz lleno de simpatía y de gracia, juvenil y fogoso y arrebatador Martín Vázquez, como el Guadalquivir, caudaloso!

Sigo mi conversación con este torero andaluz, que tiene aire de señorito sevillano auténticamente gracioso, que dejó de leer novelas de aventuras cuando conoció a Somerset Maugham y Lajos Zilhai.

ALFREDO MARQUERIE



Ahora Pepín lee sosegadamente EL RUEDO

me he ido aficionando a esas novelas que se suelen llamar "psicológicas", donde importa más el carácter de los personajes que el asunto. ¿Me explico?

—¡Estupendamente! ¿Y qué autores son sus favoritos?

—Pues, por ejemplo, Somerset Maugham y Lajos Zilhai. Uno de los libros que más me han impresionado es "Los que vivimos".

—¿Qué corregiría usted en el espectáculo taurino?

—Desearía que hubiera mayor precisión en la suerte de varas. Que no se cambiara el tercio, como sucede algunas veces, con más o menos payazos de lo que los toros

Sigo discretamente la dirección de la mirada del torero, en el salón del restaurante donde tomamos café. Y a los pocos momentos llega el camarero y le dice:

—De parte de la señorita de la mesa del fondo, que es una admiradora de usted y que tendría mucho gusto en conocerle y en que le firmara...

Pepín Martín Vázquez se pone repentinamente serio. Después reacciona, se echó a reír y explica:

—Conste que esto no es un "truco", que no estaba preparado. Las chicas son encantadoras... Menos mal que yo...

—Usted, ¿qué?

—Sólo pienso en el toro. Me entreno constantemente en la finca de mi madre, a siete kilómetros de Sevilla. Allí está la piedra donde me sentaba a soñar desde niño en que yo sería torero. ¡Le tengo un cariño a ese pedestal de mis ilusiones!... Hago vida de campo, sana y hogareña; me reúno con los amigos, me gusta charlar y poner el gramófono, jugar una partidita, salir de caza, tomar unos chalos del vino andaluz, que es gloria pura. Y también toreo mucho de salón. Creo

Esta es la piedra en la que soñaba que quería ser torero, bajo el cielo azul, frente a los olivos





● AMBIENTE DE SEVILLA ●
ANTONIO ADELARDO,
 pintor taurino
 No cree en la decadencia de la Fiesta
 Acaba de pintar un cuadro sobre «Paquiro»

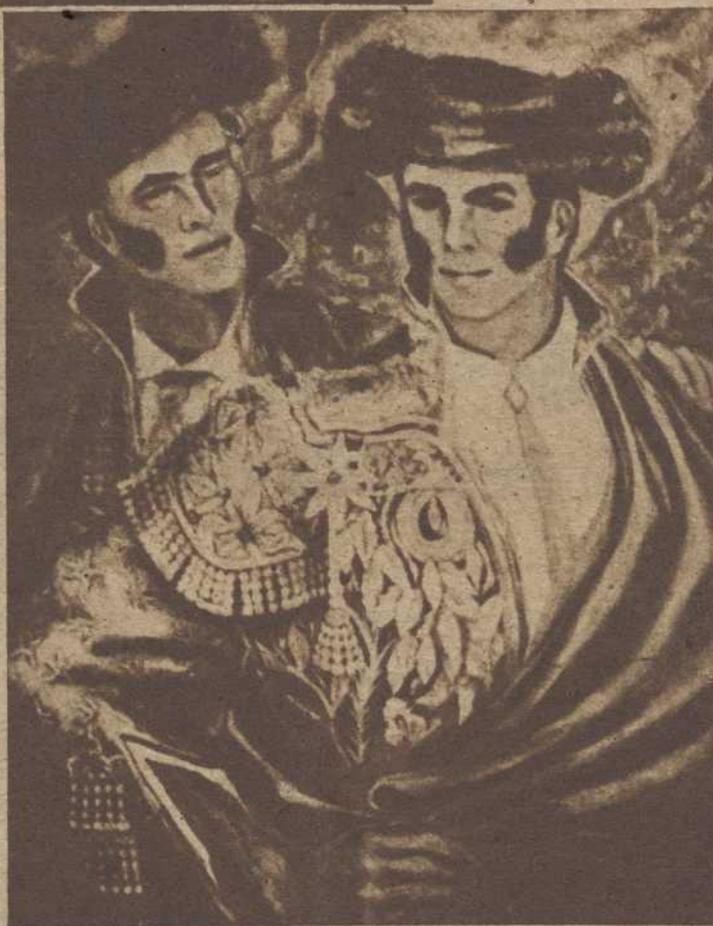
El pintor da los últimos toques al «Café de Chinitas»

PINTOR, médico, aficionado a los toros, soltero insobornable, bohemio a ratos, gran amigo de los amigos y de los enemigos, poeta delicado... Todo esto, por lo menos, es Antonio Adelardo y Diaz, sevillano, de Morón de la Frontera, y gaditano, de Olvera; en todo caso, hombre de la serranía, poeta —con la palabra y el pincel— de gitanos, toreros y bandos, de la gente varia y apuesta de una Andalucía de aventura y pasión, y pródigo Galeno de todo el que, pobre o rico, llama a las puertas de su casa. Esto es un decir, porque, en verdad, ni siquiera hay que llamar, porque las puertas de la casa de Adelardo —como todo él, cordial y afable— están abiertas para todos y a todas horas, por las que se extiende su generosa actividad de dermatólogo, de artista y de gran hombre de mundo.

En plena calle hemos conseguido atraparlo. Nunca como en su caso, necesariamente esta expresión tiene un riguroso sentido literal. Antonio Adelardo corre siempre por los derroteros de Sevilla, en alas de una prisa sin descanso, como un fugitivo. Prófugo del tiempo que le ha tocado vivir, Adelardo rehuye los encuentros prolongados, con excusas que uno sospecha pretextos, en la misma medida en que pretenden ser impresionantes: el enfermo grave, la cita que puede ser poco menos que histórica, la indisposición de última hora... Y Adelardo que nos deja y sale presuroso para el tranvía o el "taxi", o que ni siquiera nos tiene que dejar, porque ni siquiera acude a nosotros. La verdad, la noble verdad, es que el enfermo grave —no siempre, desgraciadamente—, la cita histórica o la indisposición de última hora son los lienzos, originalísimos y extraordinarios, a los que Adelardo dedica la flor de su espíritu de artista y lo más granado de su trabajo de hombre laborioso. Las primeras luces de Sevilla sorprenden siempre al pintor, frente al caballete, en ese Estudio, que tan expresivamente refleja la desbordante y varia personalidad de su usufructuario, poblado —mejor, superpoblado— de una vasta producción de cuadros y bocetos y de una rica y desordenada acumulación de encantadoras curiosidades: la chaquetilla del torero, con su correspondiente historia de sangre; la calavera, blanca y reluciente, del primer aprendizaje anatómico, con las órbitas desmesuradas, vacías; la mano, de madera articulada, de alguna imagen vieja, que le sirve siempre de modelo; el trabuco de Sierra Morena, nostálgico de pólvora y de aventuras; el catife agujereado por la polilla; el ánfora antigua, de líneas delicadas... Ahora, el pintor está dando las últimas pinceladas a un cuadro de ambiente taurino: "El Café de Chinitas". Se trata del desarrollo plástico de la copla:

*En el Café de Chinitas
 dijo "Paquiro" a su hermano:
 "Soy más torero que tú,
 más valiente y más gitano."*

Los dos temas capitales de su pintura —los toreros y los gitanos— se dan cita en este cuadro magnífico, de grandes proporciones; a través del cual el arte de Adelardo entra seguro en el campo de la maestría. Bien compuesto, ofrece en pri-



Los hermanos «Poleo»

mer plano el gesto desafiante de "Paquiro", rodeado de un cinturón expectante de caras bonitas. Ojos verdes, empenachados de largas pestañas; labios sensuales, de gitanas estremecidas, con el blanco rosario de los dientes; cinturas de serpiente, que sueñan con enroscarse a la vida turbulenta del torero... Y al fondo, la línea barroca, casi desvalida, de una "bailaora", junto a una cabeza de un toro, que quiere presidir aquella atmósfera densa, pervanente, donde los celos afilan navajas, desde un rincón solitario.

Otros cuadros de tema taurino recogen la inquietud del buen aficionado que hay en el pintor. Entre ellos destaca, por su rico cromatismo, el de "Los hermanos Poleo", en el que reina, opulento, el sentido decorativo y espectacular de la Fiesta, en el que el alamar se sublimiza, se hace personaje. Diríase que, después de esto, los hermanos Poleo casi no tienen ya necesidad de torear. Y, en efecto, los hermanos Poleo, una de esas bellas historias —o leyendas— que Adelardo se trajo de la Sierra de Cádiz —que las guarda avaro como un tesoro— no llegaron nunca a triunfar. En otro cuadro vemos a uno de los hermanos toreado de muleta con un prodigioso aire displicente, en el que brilla, con luces precisas, el profundo estoicismo de la Fiesta. El toro aquí es una fuerza desenfundada de la Naturaleza, un terremoto que pasa y que, sin embargo, parece exento de peligro, como dominado por la dul-

Uno de los hermanos «Poleo»

ce música de un ángel que toca el arpa. En estos y muchos cuadros más, Adelardo hace una pintura taurina, decididamente autónoma, en la que se plasman dimensiones que por fuera del ruedo y de la Fiesta, en su acepción oficial, retratan con más vigor el mundo extraordinario de los toros. De todo ello nos habla el pintor mientras nosotros reposamos la mirada sobre la serena claridad, la ancha y salada gracia de unos paisajes de La Rábida y de Moguer, fijados para siempre en unos magníficos bocetos.

—Yo no creo —nos dice— en la decadencia de la Fiesta. Sería creer en la decadencia posible del arte. El arte, cuando es auténtico, es impercedero, y para él no tienen sentido lo "moderno" y lo "antiguo". Hay, simplemente, que distinguir entre lo eterno y lo efímero, lo que permanece y lo que se va. Por lo demás, precios, peso del ganado, etc., son aspectos circunstanciales que no pueden hacer desaparecer lo que hay en el toreo de arte y de emoción. Todo esto no vale nada cuando aparece sobre el ruedo el que es capaz de conjugarlo todo en servicio de estas cosas. Por lo demás, ¿qué arte no está, o no ha estado muchas veces, sometido a la duda de su posible decadencia? La decadencia es un complejo que en el hombre trata de explicar su impotencia. Pero no vale este complejo para los hombres que se sientan capaces de hacer o decir grandes cosas con la acción, con la palabra, con el buril o con la muleta.

En la charla, Antonio Adelardo muestra su gran dominio de la idea y la forma, y en forma deliciosa relaciona y enmarca lo divino y lo humano, desde las luces celestes del Greco hasta el aplomo florido —plateresco— de "Joselito el Gallo".

Así es este hombre, siempre cordial, siempre en fuga, que, para no faltar esta vez, nos da la mano y se marcha presuroso.

DON CELES

(Fot. Arenas.)



Ganaderos
de
antano

El marqués de VILLAMARTA

POCOS ganaderos antiguos aventajarán en popularidad y solera a don Alvaro Dávila y Agreda, marqués de Villamarta.

El prócer jerezano, uno de los más entusiastas e inteligentes aficionados de la región andaluza, allá por el último cuarto del pasado siglo, formó su primera ganadería con reses del mejor origen. Y a partir de aquel mismo momento el nombre del marqués de Villamarta —título que don Alvaro ostentaba desde 1878— empezó a adquirir gran fama en el mundillo taurino, tanto por la simpatía del joven ganadero como por el esmero que puso en la crianza de sus reses. No escatimó Villamarta lo más mínimo en satisfacer el capricho —esto y no otra cosa era antiguamente la ganadería brava— de ser dueño de una buena torada.

Si extraordinaria fué su afición, mayores fueron todavía sus medios económicos, que hubieron de permitirle el lujo de iniciar y sostener a todo regalo la vacada, sin que los toros desmerecieran en nada de los acreditados «condesos» y «saavedreños» de donde procedían.

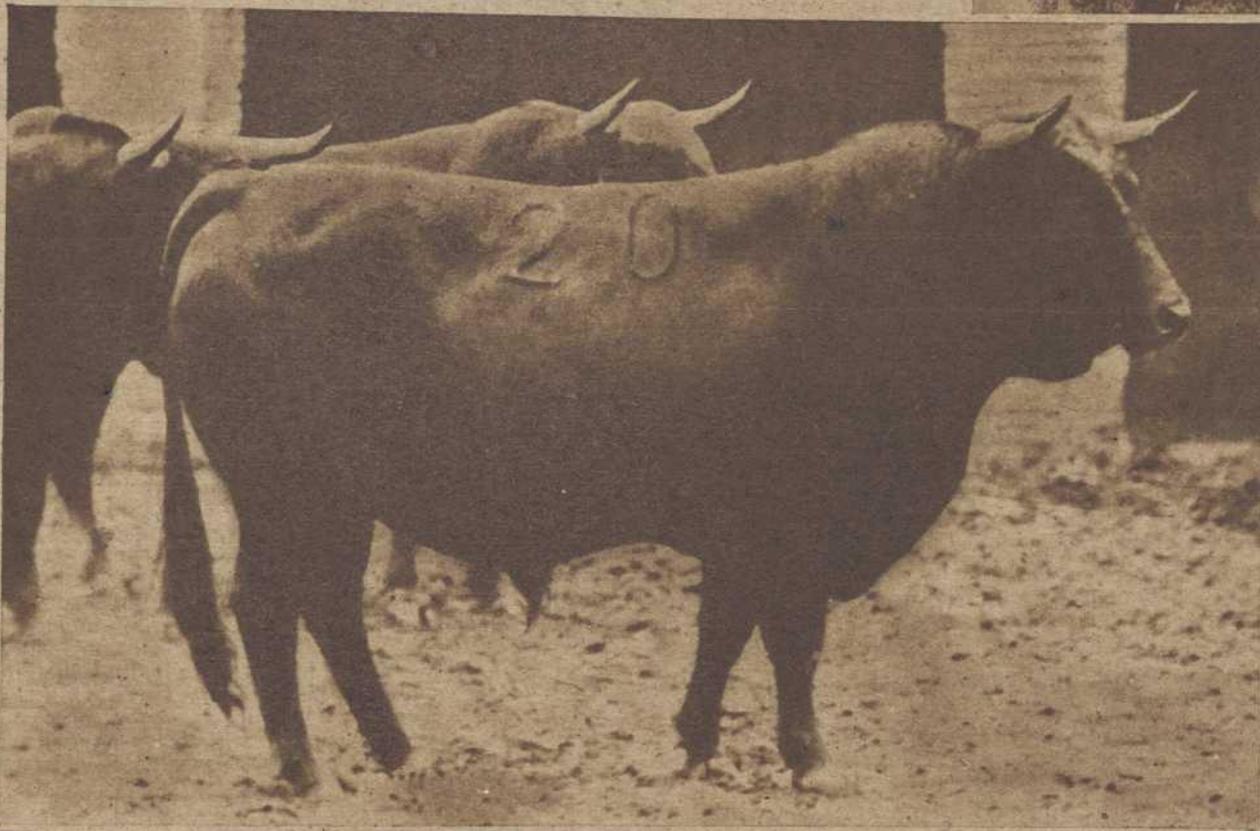
Porque, dispuesto el marqués a figurar como criador de reses bravas, buscó lo mejor de lo mejor para llegar sin obstáculos al logro de sus aspiraciones que, en definitiva, no eran

y reseñándose los animales. Y el día 4 de febrero del repetido año 1893 quedó escriturado que don Juan Vázquez vendía al marqués de Villamarta un total de 365 cabezas, entre vacas, uteros, cuatreños y toros —entonces se denominaba solamente toro al macho de cinco años en adelante—, reses que al poco tiempo salieron de los cerrados de la provincia de Sevilla hacia las dehesas La Caulina, conocida también por Hato del Mayorazgo; Las Quintientas, y el cortijo La Tapa, estu-pendas fincas de Villamarta en término de Jerez de la Frontera.

Con toros que aun llevaban el hierro de Váz-



Don Alvaro Dávila y Agreda, marqués de Villamarta



marqués esta vacada, en cuyo transcurso mejoraron bastante las particularidades de las reses, probándolo el hecho de que la mayoría de los toros jugados durante ese lapso de tiempo rayaron a gran altura por lo bravos, lo duros y lo nobles.

A finales de 1905 vendió el marqués la ganadería —compuesta a la sazón de 874 cabezas, y en la suma de 100.000 duros— a don Eduardo Olea, de Madrid, reservándose, sin embargo, los derechos al hierro y a la divisa.

Al cabo de otros nueve años sintió Villamar-

ta la nostalgia del ganado brava. Su afición no había desaparecido. Y en 1914 fundó la segunda vacada con 360 hembras de Murube, Urcola y Medina Garvey, a las que aumentó casi toda la torada de don José Carvajal y sementales de Parladé, sumando, posteriormente, una punta de reses del conde de Santa Coloma. Y con la antigua divisa, verde botella y oro viejo, presentó por primera vez en Madrid productos de la nueva ganadería, la tarde del 22 de abril de 1921.

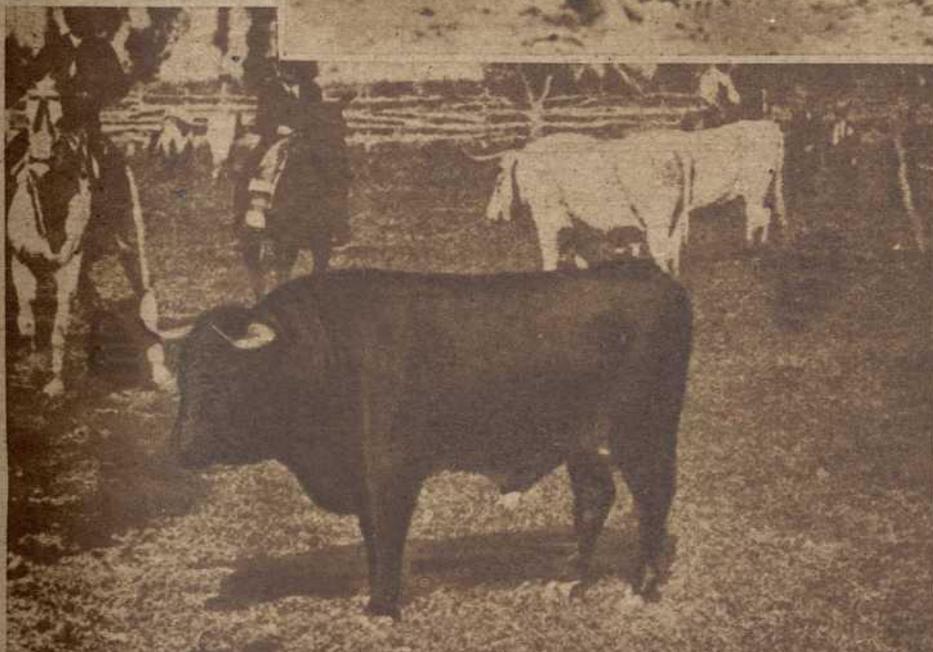
Los toros de Villamarta gozaron muy pronto de envidiable cartel por sus buenas condiciones, y la vacada, a pesar de ir aumentando —en 1931 contaba con más de 1.500 cabezas hierro arriba—, se vió imposibilitada en bastantes ocasiones para poder servir los numerosos pedidos que se la hacían.

En 1933 falleció don Alvaro Dávila y Agreda, y ese mismo año —5 de febrero— se jugaba en Méjico el notable toro «Ilustrado», hecho que por sus excepcionales bravura y nobleza hubo de ser indultado de morir en la Plaza, siendo adquirido para semental por el propietario de la ganadería ateca de Queréndaro.

A nombre de la marquesa viuda se anunciaron las reses hasta su muerte, en 1941, dividiéndose después la vacada en varias porciones. Correspondiendo la más importante, con la marca y la divisa primitiva, a don Alvaro Dávila y Garvey, actual marqués de Villamarta, el que continúa manteniendo el privilegiado crédito de la superior ganadería fundada por su padre, uno de los mejores y más entendidos criadores de antano.

Toro de la segunda ganadería del marqués de Villamarta

«Ilustrado», notable ejemplar de Villamarta corrido en Méjico el 5 de febrero de 1933. Indultado por su bravura, fué adquirido para simiente por el propietario de la ganadería de Queréndaro



otras sino las de alcanzar rápidamente un primer puesto entre los ganaderos más escrupulosos de la época.

Por el año 1893 disfrutaba de alto cartel la ganadería de don Juan Vázquez, de Sevilla —procedente de Núñez de Prado y oriunda de don José Arias de Saavedra, casta Vistahermosa, rama «Barbero de Utrera»—; y a dicho señor acudió el marqués de Villamarta en solicitud de sangre brava.

Entre el ya reputado ganadero sevillano y el ilustre joven de Jerez se habló en principio de la compra venta de cierta punta de reses; se estipularon luego las condiciones propias del caso y, por último, se formalizó la operación, eligiéndose

que debutó el marqués en la Plaza de Madrid en la novena corrida de abono celebrada el día 16 de junio de 1895, en cuya función alternaron los espadas Antonio Moreno, «Lagartijillo»; Francisco Bonal, «Bonarillo», y Miguel Báez, «Litri».

Para tal corrida mandó don Alvaro seis ejemplares de cinco años cumplidos, gordos, bravos y poderosos —«Banderillo», número 21, colorado; «Jerezano», número 52, negro; «Patapalo», número 7, chorreado; «Estellito», número 30, cárdeno; «Jabáito», número 53, cárdeno, y «Armejero», número 34, negro—, que sufrieron en total 46 varas, voltearon a caballos y picadores en 19 ocasiones y dejaron para el arrastre buen número de jacos.

Aproximadamente, unos doce años, disfrutó el

PREGON DE TOROS

Por JUAN V. LEON



ENTRE los diversos artículos, informaciones y reportajes que se han publicado en diarios y revistas sobre la escasez de ganado, me quedo, optimistamente, con el que apareció en el último número de EL RUCDO, firmado por "Don Celes", del que se desprende, a través de las opiniones de algunos ganaderos andaluces, que la tal escasez no es alarmante.

Uno de los ganaderos opinantes, don Juan José Cruz, sostiene —y con ello abona una creencia bastante generalizada— que la verdadera escasez existe tan sólo en las ganaderías favoritas de los toreros que las exigen; pero que puede muy bien compensarse con las no favoritas,

que suelen disponer de más reses de las que ordinariamente se les demandan.

De ser así, lo que probablemente ocurrirá en la próxima temporada es que las figuras tengan que aceptar toros que en otras circunstancias habrían rechazado, lo que, al fin y al cabo, constituirá un aliciente para el público y acaso un gran beneficio para la Fiesta en sí y para los propios diestros, que puedan comprobar cómo sus méritos se acrecen, contrastan y abrillantan cuando contienda con ganado más difícil.

Otro ganadero, don Juan Conradi, descubre algo insospechado al decir: "Hay poco ganado para la oferta; pero también hay poca demanda, o, al menos, ésta no se concreta, disolviéndose en un flirteo que no permite saber por ahora nada de precios." ¿Qué verdad hay entonces de esas visitas realizadas a tierras andaluzas por tantos empresarios que dicen se volvieron sin poder comprar un solo pitón, porque a una escasez catastrófica se sumaba la exigencia de unos precios astronómicos? ¿Se han o no se han concretado los precios? ¿O es que ni ganaderos ni empresarios han querido soltar prenda?

La ocasión parece propicia, ante la inminencia de la temporada, para que los respectivos organismos sindicales de la Ganadería y del Espectáculo intenten, si es que ya no lo han intentado, una rápida inteligencia para conciliar los intereses de todos hasta donde sea posible, y, en última instancia, que recurran a quien corresponda para que, en definitiva, resuelva. Si se fijan los precios de todos los productos de la ganadería en general, ¿por qué no ha de fijarse el de las reses bravas? Puede argüirse que tratándose de una diversión, cuya carestía sólo ha de repercutir en los precios de las localidades, de adquisición caprichosa e innecesaria, no procede la intervención autoritaria; pero el Estado, la Provincia y el Municipio, que hallan saneadas fuentes de ingresos con sus impuestos, deberían velar por su conservación, aun sin entrar en otro género de consideraciones, que pudieran ser también atendibles.

Finalmente, el señor Conradi afirma a "Don Celes": "También hay que tener en cuenta que se está desatando una injusta campaña contra los ganaderos, ya que no somos nosotros precisamente los culpables del encarecimiento de la Fiesta."

En parte, no deja de tener razón el señor Conradi, puesto que son varios los elementos que integran la Fiesta, y no pueden ser, por tanto, exclusivamente los ganaderos los responsables de su encarecimiento. En ciertos carteles, el capítulo de diestros es tan considerable, que el importe de los toros apenas representa el veinte por ciento del presupuesto total de gastos; pero en cambio en otros, entre los tres diestros no llegan a cobrar el importe de las reses. Por su parte, los empresarios, en uso de un perfecto derecho, ponen a las localidades el precio en consonancia al capital que arriesgan en cada corrida. El tope nadie se atrevería a decir dónde habría que empezar a ponerlo, y así, no se le pone nunca.

Claro que, al paso que vamos, quien lo pondrá será el público.

Dibujos de Ismael Cuesta



★ EL PLANETA DE LOS TOROS ★ «SENTAO EN EL CAFÉ»



A HOBA, en este tiempo invernal, todos los toreros están sentados en el café. Y digan lo que quieran, están en sus glorias. Algunos andan algo alicaillos de dinero. ¿Pero quién no? Y en el café todo se olvida. Es de esperar que no todos los cafés madrileños desaparezcan. Si tal espantosa catástrofe ocurriera, tiemblen ustedes por la fiesta de toros. ¿Quién sabe lo que pudiera suceder! Pónganse en lo peor. Pensemos en la posibilidad de que

también los toros se hundían con el último café. No exagero, mis queridos amigos. Nadie sabe hasta qué punto es importante el café en nuestra fiesta. Como hasta ahora esos establecimientos parecían arraigadísimos en nuestras costumbres y no se vislumbraba el peligro del acabamiento de su boga, ningún ensayista se ha parado a pensar en ello. Pero la unión del café con los toros es estrechísima e indisoluble. ¡Quiera Dios que la terrible tormenta cafeteril amaine! Si continuara, estamos perdidos, ¡oh aficionados!

Parece mentira que a don José María de Cossío, tan cafetero él, se le haya escapado en su obra «Los toros» el café como elemento taurino. Es imperdonable. ¡Dedicar tres mil y pico de páginas a todo lo habido y por haber relacionado de cerca o de lejos con los toros y ni una sola línea al café! Pero, José María de mi alma, ¿en qué estabas pensando? ¡Anda, anda, aplícate y saca ese apéndice que nos tienes prometido y dedica un capítulo bien extenso a historiar la influencia del café en los toros, hasta agotar la materia!

Cuando se pregunta por un torero y se contesta: «Ahí está, sentao en el café», malo, muy malo para el torero. Quiere decirse que no torea. Y aunque parezca mentira, un torero puede vivir sin torear; en cambio, se moriría sin el café, no el líquido, sino el local. De todos sus parroquianos, el más constante, sin duda, es el torero, el taurino, en general. Entramos en un café e inmediatamente, sin conocer a ninguno de los contertulios, adivinamos, sin equivocarnos, cuál es la reunión taurina. Se les nota en la manera de sentarse, de estar. Nadie se sienta y se siente en un café como un torero. Ni siquiera los cómicos, de tan buena tradición cafetera. El torero forma un todo con el diván o la silla. Parece que están hechos con los mismos materiales de construcción del café, colocados allí por los albañiles, proyectados por el arquitecto. ¡Adorno insuperable el de los toreros! Antes, vestidos de corto, eran como estampas; ahora, trajeados con una cazadora mejicana, son como figurines; pero siempre muy decorativos, siempre muy entonados con el ambiente. ¡Y cómo fuman de bien en un café los toreros! Es como si en lugar de fumar por vicio lo hicieran para que la atmósfera tenga su debida densidad, la que corresponde a un café, la necesaria para que los pulmones respiren a modo y los colores del rostro sean sonrosados. Esparecen el humo como con un pulverizador, para que se reparta bien y llegue a todos los rincones. Lo expelen como si les saliera del alma; es el humo que más profundiza en el cuerpo humano, es el humo de las palmas cosechadas en los ruedos y ya, para decirlo todo de una vez, es el humo de la gloria. Pero no les desvanee. Es igual que aire de la serranía que vivifica y entona, es el aire más sano que existe, como se puede comprobar por los camareros, que casi todos mueren octogenarios.

El torero sentao en el café, deja pasar las horas con la misma indiferencia del viajero que sabe que, quieras o no, tiene que permanecer doce horas en un tren. En honor a la verdad, doce horas no las resiste ningún torero en un café, pero ocho, repartidas entre mañana, tarde y noche, sí y muy cumplidas. Y lo notable es que ninguno se aburre. Están todos como si acalaran de entrar. ¡Y qué bien hacen el paseillo a la entrada y a la salida! Doblan su gabán de parecida manera a como lo hacen con el capote de paseo, y lo dejan en el soporte de encima de los divanes, como si se lo echaran a un amigo que ocupa una barrera. Y se sientan. Y a seguida llaman al limpiabotas y el lustre que en ellas queda, es el espejo de su pequeña vanidad. Y poquito a poco, van matando el tiempo a fuerza de los pinchazos de las palabras que van echando patas arriba a las horas. De vez en cuando, beben agua, también como la beben en el ruedo, a sorbos cortos, que alivian la sequedad de la boca, producida allá en la arena por el miedo y aquí en el café por el incesante parloteo. En este tiempo invernal, todos son iguales,

todos están sentaos en el café. Cuando la temporada comienza, muchos se levantarán y se irán por ahí a rodar por las carreteras y las vías férreas, siempre con el pensamiento puesto en el café. Otros se quedarán en él, esperando el retorno de los contertulios, sin carcoma de envidia, resignados, casi satisfechos.

ANTONIO DIAZ-CARABATE

Dibujos de Jiménez Llorente





Grupo de personalidades que asistieron al festival celebrado en el pueblo de Romanones y que se comenta en este artículo

ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Un rasgo del maestro **«SALERI»** Organizó un festival en Romanones para que le vieran torear sus paisanos de avanzada edad

LOS veteranos aficionados no olvidamos las dimensiones toreras de que hizo alarde en los ruedos Julián Sáinz, "Saleri II", según se hacía anunciar en los carteles, y V de los que usaron tal apodo.

Como ocurrió con Rodolfo Gaona, el famoso espada mejicano, el nombre del lidiador alcarreño, hoy dedicado a negocios, se hallaba íntimamente ligado con los de "Joselito" y Belmonte en la floreciente época que dieron al toreo en aquella inolvidable Plaza madrileña últimamente derribada.

Este "Saleri", en el pueblo de Romanones nacido, enjuto y flexible de cintura, tenía muy bien aprendidas las papeletas taurómacas, y durante los tres tercios de la lidia, Julián, que, como el famoso cajista de "La verbena de la Paloma", también tenía madre y su correspondiente corazóncito, puso en muchas ocasiones en grave aprieto a José y Juan.

La presencia en el toreo del maestro "Saleri", así llamado por los críticos de su tiempo, levantó el entusiasmo de todos los alcarreños, y siempre que actuaba en Madrid, de Guadalajara y otros pueblos de esta provincia acudían en masa para deleitarse con las proezas de su torero y sacarle a hombros si Julián tenía el santo de cara.

No faltaba tampoco, cuando sus ocupaciones oficiales se lo permitían, el conde de Romanones, "salerista" público número uno, y en más de una ocasión vimos al ilustre prócer aplaudir frenéticamente desde un palco a su torero predilecto, cuando éste, en el centro del anillo, colocaba, al quitebro, aquellos maravillosos pares de banderillas que a tirios y troyanos hacían exclamar: "¡Miel de la Alcarria!"

Pero los que por razón de su avanzada edad

no habían podido aún ver torear al paisano eran los ancianos de Romanones.

Y con el propósito de complacerlos, aprovechando la festividad de San Blas, que se celebra en dicho pueblo, organizó un festival taurino.

Tuvo lugar el suceso en la tarde del día 3 de febrero de 1918, y un mes antes todos los vecinos hallábanse más pendientes de la llegada de la fiesta taurina que de la presencia, en la torre de la iglesia, de la cigüeña anunciadora del buen tiempo.

Y hasta se modificó aquel año el castellano refrán, de la siguiente manera:

Por San Blas,
la "Saleri" verás.

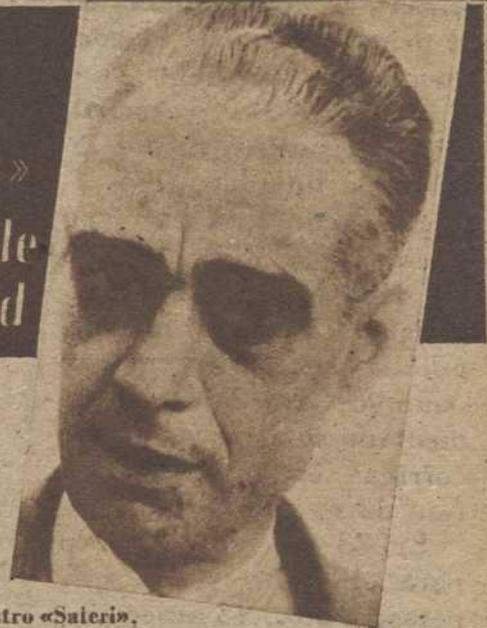
No podía faltar a la fiesta el conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros, quien, con su presencia y la de sus hijos, dió al simpático espectáculo un insospechado realce.

Improvisada una Plaza y enchiquerados cuatro toretes del duque de Tovar, hermano del conde, para que todo tuviera sabor "romanonesco", "Saleri II" toreó, banderilleó y mató lucidamente sólo tres astados, porque Pepe Figueroa, cadete en aquella época y caído más tarde por Dios y por España en la Santa Cruzada, se arrojó al ruedo en calidad de espontáneo, entendiéndose con mucho valor con el último eral ante el autor de sus días, que se hallaba en un palco.

El gesto taurino del hijo del conde fué motivo para que sufriera un arresto que le impusieron sus superiores, a pesar de tener al padre alcalde.

La carne de las reses repartióse entre los pobres y ancianos, y todos los invitados fueron obsequiados espléndidamente.

No dejó de funcionar el objetivo fotográfico, re-



El maestro «Saleri», en la actualidad

cojiendo ese interesante grupo, en el que, de izquierda a derecha, vemos al marqués de Villabrágima, a sus hermanos Eduardo y Pepe Figueroa, a "Saleri II", con la españolisima capa; a Manuel Brocas, célebre secretario del conde, con flexible y chaquetón de campo; a Vicente Pastor, que no permaneció inactivo en el festival; a Manolo Ace-do, el popular apoderado de loreros, ya fallecido, que lo era entonces de Julián, y en segundo término, detrás de Brocas y Vicente, a Gabriel Hernández, "Posadero", hoy retirado banderillero de toros, y a José Rodríguez, "Pepillo", actual empleado en la Asociación de la Prensa, que actuaron como peones, porque "Saleri II", con aquella facilidad que tenía, se hartó de colocar pares de banderillas.

Estampa alcarreña, evocadora de unos tiempos en los que el conde de Romanones y "Saleri II" eran los que en la provincia de Guadalajara tenían, en sus diversos aspectos, un gran arraigo.

Los ancianos de Romanones quedaron satisfechísimos con la gentileza del coletudo paisano, y los pobres del lugar no olvidaron en muchos años aquel rasgo, muy común en los toreros de todas las épocas.

¡¡ ANTONIO CARO !!!

es en 1949

LA MAXIMA NOVEDAD TAURINA

HAY QUE RENDIRSE ANTE LA REALIDAD

LA brillantísima temporada, pletórica de triunfos, realizada en 1948 por esta primera figura del toreo, año en el que fué doctorado con todos los honores, en una Plaza tan importante como la de Valencia, le dejó situado en el primer plano de la contemporánea torería.

Con su arte personal, fino y elegante, que nos recuerda a lidiadores tan célebres como a Antonio Fuentes y a Rodolfo Gona, árbitros, en sus respectivas épocas, de las más depuradas esencias toreras, Antonio Caro dejó bien cimentada su fama en las 48 corridas en que actuó, a raíz de su alternativa.

En 38 de ellas cortaron para él orejas y rabos, y patas en otros 18 espectáculos, siendo sacado a hombros, de las Plazas, por los aficionados, entusiasmados con sus éxitos, al final de 28 corridas.

Excepcional arqueo, porque si se tiene en cuenta el número de apéndices que le fueron concedidos, en proporción con el de las funciones en que tomó parte, alternando con los más



destacados valores taurómacos, se saca la conclusión de que a Antonio Caro fué al que se concedieron más trofeos en esa temporada de 1948, que ya ha pasado a la historia.

Pero este novel matador de toros madrileño es, en la actualidad, la máxima novedad taurina. En Madrid, porque la confirmación de su doctorado será un indudable acontecimiento, y porque en las Plazas de Sevilla, Bilbao, Zaragoza, Córdoba, Santander y Granada, entre otras, aun no ha actuado con tal categoría.

Anhelan los públicos de estos cosos, no desconocedores de las dimensiones artísticas de este gran lidiador, porque no olvidan los positivos triunfos que obtuvo como novillero, calibrarle en su nuevo aspecto de matador de toros, y por ello es una realidad tangible el que Antonio Caro, con su juventud, con su bella manera de hacer el toreo, que le cataloga en el presente momento como un caso único, es, sin ningún género de dudas, en

1949

LA MAXIMA NOVEDAD TAURINA

UNA aspiración sentida por la afición granadina desde hace muchos años se ha convertido en espléndida realidad el pasado día 6 del corriente mes al inaugurarse el Club Taurino de Granada. El acto, dentro de su sencillez, ha revestido caracteres de verdadero acontecimiento: la entronización de la Santísima Virgen de las Angustias —Patrona de Granada—, la bendición del local, unas palabras de ofrecimiento, otras de proyectos y, como corresponde, una copa de vino andaluz. Todo muy sencillo, muy sentido y muy cordial; pero albergando a la vez unas grandes ideas que han de proyectarse sobre el futuro de la Fiesta de Toros en Granada.

Pocos Clubs de esta naturaleza tendrán tan marcado carácter de lo que son como este Club Taurino de Granada, enclavado en el corazón mismo de la hermosa ciudad de los cármenes, en el número 24 de la céntrica calle de los Reyes Católicos. Cuidadísimo en todos los detalles de su ornamentación, es granadino y torero por excelencia. Lámparas y primorosos apliques de hierro forjado —maravilla de la artesanía local—, cobres, platos de Fajalauza —la clásica cerámica granadina—, tres cabezas de toros —los de las alternativas de José Moreno, 'Lagartijillo Chico' y 'Diamante Negro', y el último que lidió el que fué novillero granadino 'Manolé'— y pinturas, varias al óleo, magníficamente logradas por el secretario de la entidad, señor Ruiz de Peralta.

Y, sobre todo ello, algo bellamente decorativo, que no se ve, pero que se siente: ese ambiente cordial, acogedor y cálido que se respira desde que se cruzan los umbrales de su cancel cortijero.

La bendición de este simpático local estuvo a cargo de monseñor Fernández Arcoya, prelado doméstico de Su Santidad el Papa y párroco de la Basílica de Nuestra Señora de las Angustias, asistiendo al acto, como socios de honor, las primeras autoridades civiles y militares, directores de la Prensa local, redactores taurinos, presidentes de otras 'peñas' similares ya existentes de Granada,



Decorado, iluminación, mobiliario, todo responde con acierto al carácter del Club Taurino de Granada

INAUGURACION DEL CLUB TAURINO DE GRANADA

Un detalle evocador e inspirado que como la total decoración se debe al pincel del secretario del Club, señor Ruiz de Peralta

Estampa de ambiente cortijero es esta que nos ofrece el salón principal con su chimenea al fondo



¿Un fenómeno en ciernes? Posiblemente; pero, por ahora, no es más que «Manoletín», el ya popular «botones» del Club

Monseñor Fernández Arcoya, prelado doméstico de Su Santidad, recibe de manos del vicepresidente, señor Garzón, para su entronización, el cuadro de la Virgen de las Angustias



pleno de la Junta Directiva y socios fundadores y de número.

Don Emilio Entrala Durán —presidente— hizo el ofrecimiento del local y fijó brevemente, pero con justeza y precisión, las normas y proyectos a realizar por esta joven entidad, interviniendo también los directivos señores Garzón Martínez —vicepresidente— y Ruiz de Peralta —secretario—, quienes, al expresar el entusiasmo de la Junta Directiva, afianzado en el aliento y apoyo de todos los socios y de la afición en general, confirmaron las palabras del señor Entrala.

Entre las numerosas adhesiones recibidas, a las que se dió lectura, figuran las siguientes: del excelentísimo señor don Natalio Rivas; del excelentísimo señor don Manuel Casanova, director de EL RUEDO —ambos nombrados también socios de honor—, y de 'OTESA', nueva Empresa de la Plaza de Toros granadina, que en carta muy cariñosa, firmada por su gerente, Domingo González, 'Domingul' (hijo), expresa sus simpatías y su incondicional ofrecimiento al Club Taurino de Granada.

Todas las incidencias del acto, así como la lectura de adhesiones, fueron recogidas en cinta magnetofónica y posteriormente radiadas por la Emisora local.

M. DANAGRA

(Fotos Torres Molina.)

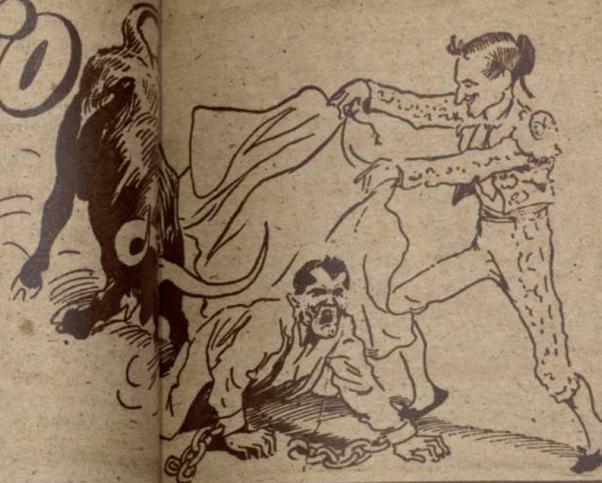
Bombita, el torero de la sonriisa



XI EL MONTEPIO DE TOREROS, OBRA PREDILECTA DE RICARDO TORRES



Aunque después no se confirmó, en 1909 corrió el rumor sobre la posible retirada de «Bombita» y su dedicación al toro. Con este motivo, en la revista «Los Toros» se publicaron estas viñetas humorísticas...



A pesar del pleito de los miros y de la enemistad de la Empresa madrileña, que aprovechó la cuestión para mantenerle alejado del ruedo de la Villa y Corte, Ricardo Torres tenía cuando comenzó la temporada de 1909, más de medio centenar de corridas contratadas. En total, aquel año firmaría sesenta y ocho, aunque al final sólo torearía cincuenta y cuatro. Empezó el 21 de marzo, en Castellón, alternando con «Gallito». Después toreó en Madrid, el día 25, en el cartel de la Prensa. Aquel día mató un toro de Miura —para demostrar que no era el miedo a la famosa divisa lo que le había llevado a adoptar una actitud contraria a los ganaderos de Cuarto— y otro de Pablo Romero. El 17 de mayo volvió al ruedo madrileño para tomar parte en la corrida de Beneficencia.

Así marchaba la temporada cuando, el 6 de junio, un toro de Gutiérrez Aguera le infirió una grave herida. La herida le hizo perder catorce corridas. Lamentándose del percance, «Bombita» confesaba a un periodista que le visitó en el hotel Cristina, de Algeciras, lo que significaba para un torero una cornada.

—Yo he perdido con «esto» unas veintiséis mil pesetas.

Y echaba la cuenta así:
—Aparte de lo que deje de ganar, el hotel me cuesta dos mil pesetas; en telegramas supongo que habré gastado unas mil quinientas...

Por aquella fecha, en el ánimo de Ricardo Torres maduraba ya la idea del Montepío de Toreros. Quizá sus días de reposo en Algeciras le permitieron pensar detenidamente en sus detalles. Porque lo cierto es que, al finalizar la temporada, el proyecto se convertía en realidad.

El Montepío

La idea del Montepío no era, desde luego, nueva. Ya don Luis Mazzantini, entre otros, había intentado fundar una Asociación de Previsión para los toreros, pero nada se consiguió hasta que Ricardo Torres, «Bombita», tomó en sus manos el empeño. El era un hombre de voluntad —lo demostró con su toro— que contradecía, en cierto modo, la falsa leyenda de indolencia que pesa sobre las gentes meridionales. «Bombita» quería que los toreros se unieran y mutuamente se ayudasen en los momentos de infortunio. «Ya no hay por qué ni para qué —se escribió por entonces, comentando la constitución

Rumores sobre la retirada. Una caeceria en Francia y un viaje al Uruguay. — Cuando a «Bombita» le llegó la mala suerte. Tres cogidas en una temporada

del Montepío— abrir suscripciones ni echar quantes, procedimientos que costaban más caros a los compañeros y amigos que puede costar la Sociedad, y que resultaban en toda ocasión más bochornosos para el que recibía los beneficios.»

En principio se decidió que los toreros pagasen una cuota mensual —cinco pesetas— y aportasen, además, un tanto por ciento, variable, según la categoría del espada, de una de las corridas toreadas. Además, por cada toro lidiado, los ganaderos entregaban una cantidad. Y por último, cada torero español que actuase en Méjico entregaría cincuenta pesos por cartel.

Oficialmente, la Asociación quedó constituida el 16 de octubre de 1909. Y su primera Junta directiva estaba formada por Ricardo Torres, «Bombita», como presidente; «Machaquito», como vice-

presidente; «Algabeño», como contador-contable; Vicente Pastor, como censor, y «Minuto», «Cocherito», «Regaterín» y «Bombita III», como vocales.

Los primeros beneficiarios de la nueva entidad fueron el banderillero «El Vito», Pacomio Peribañez, Vicente Pastor y Manuel Torres. En principio se pasaban al torero herido quince pesetas diarias. Después vendrían otras ayudas, el Sanatorio, etc.

En total ingresaron en la Sociedad, al constituirse, 245 toreros (novilleros, banderilleros, etc.).

Lo que se propuso Ricardo Torres

No se crea, sin embargo, que el proyecto de «Bombita» fué acogido desde el principio por todos los toreros como merecía, dado su caritativo fin. Hubo recelos y envidias. Pero el tesón de Ricardo Torres sacó adelante el noble propósito. Algún tiempo después, recordando los primeros pasos del Montepío, se lamentaba así:

—Yo he tenido ocasión de apreciar la poca solidaridad que existe entre los toreros. Los que están en los peldaños de arriba no se preocupan de los que empiezan a subir...

En otra ocasión, concretando los fines de la Asociación, añadía:

—Al fundar el Montepío, yo quise prescindir de todo aquello que pudiera dar a la entidad tono de lucha o de federación de toreros, organizada exclusivamente para luchar contra los empresarios o los ganaderos. El Montepío nació con la sola idea de evitar a los toreros pobres, heridos en el ejercicio de su profesión, el tener que irse a un hospital, dejando en la miseria a los suyos. Quise precaver las desgracias que supone la inutilidad física y proteger, a la vez, la vejez de los toreros...

Rumores sobre «Bombita»

Más de un mes estuvo «Bombita» apartado de los ruedos, tras la cogida de Algeciras. En la feria de julio de Valencia volvió a vestir el traje de luces, para alcanzar un buen éxito en la corrida de Miura. Porque aquel año tuvo especial cuidado Ricardo Torres en despachar el mayor número posible de reses miureñas. En efecto, se encontró con toros de Cuarto en las ferias de Santander, San Sebastián, Bilbao, Salamanca y Zaragoza.

Cuando finalizaba la temporada, casi a la vez que la Prensa taurina se ocupaba de la organización del



Ricardo, con su hermano Manolo, durante la convalecencia de uno de los varios percances sufridos en 1910. En la foto aparecen los señores Merino y Becerra, amigos de los «Bombas»

Empresa de allá pensaba dar corridas con toros embolados, en la Colonia Real de San Carlos, y quiso que los dos hermanos fueran a la cabeza de los carteles. El propósito de los promotores era organizar quince corridas, pero sólo pudieron celebrarse diez.

Ricardo Torres quiso, antes de embarcar en El Havre, pasar unos días en París. Le gustaba mucho el ambiente de la gran ciudad, y no le faltaban amigos en los círculos aristocráticos de la capital francesa. Así, nada tiene de extraño que le invitasen a una caeceria en los bosques de Chantilly, organizada por los duques de Chartes, y a la que concurren, entre otras personalidades, Jean Aubry y Maurice Bernhardt, hijo de la célebre actriz Sara «Bombita», con legendaria aureola de «toreador» español, fué, como es natural, el héroe de la reunión. Sobre él coincidieron las miradas de las damas y los elogios, no siempre sinceros, de los caballeros. Cuando Ricardo refirió que había sufrido treinta y tres cogidas, una señora estuvo a punto de desmayarse. Después, de vuelta de su emoción, exclamó entusiasmada:

—Está usted en la primavera de la vida. ¡Una primavera abundante en flores rojas!

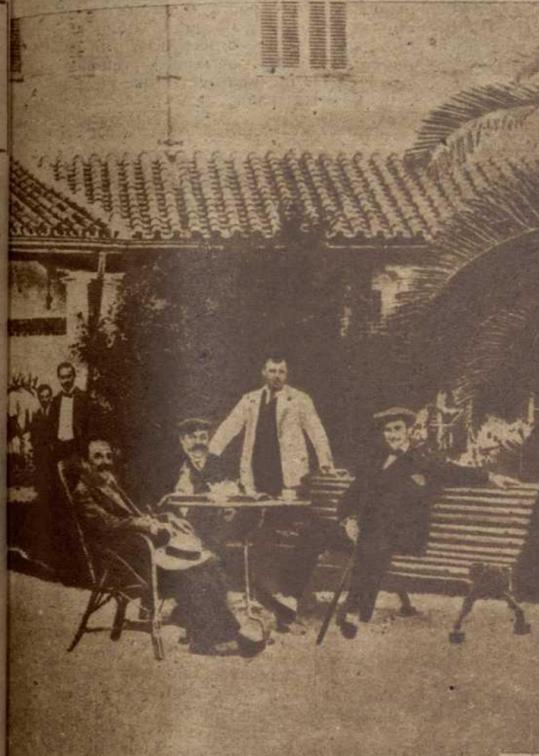
La mala suerte de «Bombita»

A partir de 1910 se inicia para «Bombita» una racha de mala suerte. El público se muestra hostil con él, cumpliéndose así lo que «Dulzaras» había dicho: «El asunto de los miros ha hecho más daño a los toreros de primera fila que dos temporadas seguidas de fracasos.»

Ricardo Torres regresó de Uruguay cuando ya estaba abierta la temporada. Su primera corrida la toreó en Carabanchel, el 24 de abril, a beneficio de la Asociación de la Prensa. Alternó con el «Machaquito», y se lidiaron reses de Moreno Santamaría. El de Tomares estuvo francamente bien. Pero dos días después, en Valencia, un toro le cogió y le hizo perder seis corridas. No iba a ser aquél el único percance grave de la temporada. En julio sufrió otro accidente en Barcelona (del que sacó una extensa herida en la mano izquierda, que hizo necesario amputar el dedo meñique), y el 1.º de septiembre, otro, en Málaga. Dolido de su escasa fortuna y de la incompreensión del público, «Bombita» decidió dar por terminada su campaña. En total había toreado veinticuatro corridas, de las cincuenta y siete que ajustó.

FRANCISCO NARBONA

Al fundarse la Asociación de Toreros, «Bombita», que fué su más entusiasta propulsor, fué obsequiado con diversos agasajos...



«Bombita», convaleciente de su cogida de Algeciras, se retrata en el jardín del Hotel Cristina

Montepío, corrieron varios rumores sobre «Bombita». Se aseguraba que el torero había decidido retirarse para contraer matrimonio con una joven de familia catalana, emparentada con otra de periodistas, que tenían negocios en Sevilla, Barcelona y Valencia. Se decía también que Ricardo Torres quería hacerse abogado (en «Los Toros», la revista publicada por Prensa Española, se recogió este rumor), y que pensaba obtener en el foro tantos éxitos como había logrado en los ruedos. Por último, se afirmaba, asimismo, que Ricardo hacia la maletita para saltar, una vez más, el Océano. De los tres rumores, tan sólo el último resultó verdad. (Luego se vió que también resultaba cierto cuanto se había dicho sobre los amores del torero.)

Una caeceria en Chantilly

En el otoño de 1909, «Bombita» se marchó con su hermano Manolo a América. Esta vez no era Méjico el punto de destino, sino Uruguay. Una



EL VIGENTE REGLAMENTO TAURINO

Si hubiera de ser modificado ¿qué reformas o ampliaciones propondría usted?

(Continuación.)

Artículo 49. Los empleados, mozos y servidores usarán uniforme, llevando un distintivo con el correspondiente número en gruesos caracteres, que hará relación al de su matrícula en el libro de la Administración de la Plaza.

Artículo 50. En cada puerta de la valla habrá dos carpinteros para que, llegado el caso, puedan abrir aquella, y no podrán bajar al redondel sino cuando tengan que componer algún desperfecto de la barrera, verificado lo cual volverán a su puesto.

Artículo 51. En el plano de la meseta de los toriles no habrá más personal que el mayoral y los dependientes necesarios para colocar las divisas y hacer pasar las reses de un departamento a otro.

Las troneras por donde esta operación se verifique deberán estar hechas de manera que no ofrezcan riesgo de accidente.

Artículo 52. El timbalero y los dos clarines encargados de anunciar el principio de cada suerte se colocarán frente a la presidencia, y la música que amenice el espectáculo deberá situarse en punto lejano de los toriles.

Artículo 53. Los mozos que guíen los tiros de mulas para el servicio de arrastre, ocuparán un burladero, construido en el callejón, al lado izquierdo de la puerta por donde aquél se realice, sin que se permita la permanencia en él a personas ajenas a este servicio.

Artículo 54. El personal designado para la práctica de los servicios que se indican en los artículos 48 y 49 sólo podrá permanecer en el callejón durante la suerte de varas en que aquéllos son precisos, ocupando después el burladero que se les señale, siendo responsables sus capataces del incumplimiento de esta orden, que será sancionada con multa de 5 a 25 pesetas, y en defecto de su pago, con privación de su trabajo de uno a cinco días de corrida, o indefinidamente en caso de reincidencia.

Artículo 55. En las localidades habrá el personal suficiente de acomodadores, perfectamente instruido y educado, para atender a los espectadores, y cuando alguno de éstos proceda incorrectamente, reclamarán el auxilio de los agentes de la autoridad para reducirles a la obediencia, imponerles compostura o la sanción que procediere.

DE LOS ESPECTADORES

Artículo 56. Para evitar la afluencia de espectadores, permanecerán abiertas la puerta principal de la Plaza y las dos primeras de cada lateral, por lo menos con dos horas de antelación a la en que se empiece la corrida, y media hora después de terminada ésta, excepción hecha de un día lluvioso, en que se permitirá al público permanecer algún tiempo más en la Plaza, si fuere preciso.

Artículo 57. Los espectadores de tendidos, gradas y andanadas no podrán pasar a su localidad durante la lidia de cada toro.

Si, por una deficiente clasificación de localidades de sol y sombra, resultare perjudicado algún espectador, tendrá derecho a ser colocado en un asiento de la clase que indique su billete, y si esto no fuera posible, a la devolución de su importe, si lo reclamase antes de comenzar la corrida.

Artículo 58. Todos los espectadores permanecerán sentados durante la lidia, quedándoles prohibido expresamente tener paraguas o sombrillas

Artículo 53: Los mozos que guíen los tiros de mulas...



Artículo 58: Todos los espectadores permanecerán sentados...

abiertos desde que empiece el espectáculo, profirir insultos o palabras que ofendan a la moral y decencia públicas, tirar cerillas encendidas y quemar papeles u otros combustibles, golpear, pinchar o arrancar al toro las banderillas, si saltare al callejón, y arrojar al ruedo objeto alguno que pueda perjudicar a los lidiadores o interrumpir la lidia, y de manera muy especial, las almohadillas que utilicen para cubrir sus asientos.

Los infractores serán corregidos precisamente con multa, y los responsables de la falta última, con la de 250 pesetas, y, en defecto de su pago, les será impuesto el arresto correspondiente.

Los empleados de la Empresa vendrán obligados, en las localidades en que presten su servicio, a señalar a la autoridad o a sus agentes el individuo o individuos que hayan cometido la infracción, y la Empresa, a colocar en los pasillos y puertas de acceso a las localidades, y en forma bien visible, carteles en que se haga constar lo preceptuado en este artículo, y las sanciones que asimismo serán impuestas a quienes, amparando a los infractores, procuren ocultarles, facilitar su fuga o hacer ineficaz la gestión de los agentes de la autoridad en el cumplimiento de su deber.

Los empleados de la Empresa que, negligentes o benévolos, no cumplan lo preceptuado, serán corregidos con multas de 5 a 25 pesetas, y, por reincidencia, con suspensión del empleo, como sanción impuesta por la Empresa.

Artículo 59. El espectador que durante la lidia se arrojar al redondel, será inmediatamente retirado por lidiadores y dependientes, que lo entregarán a la autoridad, la cual impondrá la multa de 50 pesetas la primera vez, castigando la reincidencia con 250 pesetas o con el máximo de 500; sufriendo el arresto supletorio siempre, en defecto del pago de la multa, y debiendo entregar al Juzgado, como culpable de desobediencia, al que incurriese en la tercera falta.

CAPÍTULO II

DE LA PRESIDENCIA

Artículo 60. La presidencia de la Plaza, en las corridas de todo género que en ella se celebren, corresponde al director general de Seguridad, en Madrid, y a los gobernadores civiles, en las demás provincias, o a las autoridades o funcionarios en quienes deleguen.

Para ilustrar a la presidencia cuando lo precise, se colocará a su izquierda, en el palco presidencial, un asesor técnico en materia taurina y un subdelegado de Veterinaria que haya practicado el



reconocimiento de toros, limitándose uno y otro a exponer su opinión sobre un punto concreto que se les consultare por la presidencia, que podrá o no aceptar el criterio expuesto, y sin que el asesor técnico tenga, en su consecuencia, otra intervención en las operaciones preliminares y en las de lidia que la que en este artículo se le señala.

(Continuará.)

OPINIONES

Los factores de EL RUEO de su opinión

Don J. Campos propone:

En el artículo 2.º se podría incluir un párrafo que dijese:

«En los carteles anunciadores de corridas de toros y en las de novillos con picadores es obligación ineludible insertar el número, nombre, pelo, edad y peso, en vivo, de todas las reses que han de lidiarse en el espectáculo, incluso del ganado sobrero.»

La inobservancia de esta disposición llevaría implícita la denegación del permiso previo gubernativo para celebrar la corrida.

Si por causas justificadas se tuviera necesidad de sustituir todas o parte de las reses anunciadas, y ya estuvieran repartidos los programas anunciadores del festejo, será obligatorio fijar, en los sitios de costumbre, el correspondiente aviso, figurando en éste la totalidad de la reseña del ganado sustituido.

Con estos detalles dados a la publicidad positivamente se corregirían muchos abusos, lo mismo por parte de los ganaderos como de las Empresas, y, sobre todo, serviría como datos ilustrativos para el espectador en general y de estadísticos e informativos para críticos y aficionados.

Don Arturo J. Puntas Vela, de Rota, maestro nacional, dice:

Artículo 2.º Como no es fácil que los aficionados todos puedan conocer el Reglamento de Toros, debía insertarse al dorso de los carteles de mano, y lo más posiblemente extractados, aquellos artículos de aplicación más corriente (en cada corrida eligiendo un número determinado de ellos), evitándose en mucho el problema de las quejas, voces airadas y actitudes inadecuadas.

En el mismo artículo, y en el párrafo perteneciente a la presentación de la declaración jurada del ganadero, además de los requisitos exigidos, de ser consignar el estado físico de las reses, características en lo concerniente a cornamentas y peso de ellas, no aparente, sino real, obligándose al ganadero a pesar en vivo la corrida en el momento de su venta.

Artículo 4.º Para evitar precios abusivos en venta de billetes, en corridas de máxima expectación, que muchas veces imposibilita al aficionado satisfacer sus deseos de asistir, deberían las empresas remitir al Gobierno civil una relación de entradas a expender en cada taquilla, para ser selladas por dicha autoridad, colocándose junto al taquillero, en la taquilla, un delegado de la autoridad, portador de relación de entradas a expender en aquel despacho, consiguiéndose dos fines importantes:

1.º Saber la autoridad el número exacto de entradas puesta a la venta, salvándose el abuso de exceso de espectadores con relación a la cabida de la Plaza.

2.º Ocultar el taquillero entradas puestas a la venta para, una vez cerrado el despacho, reexpenderlas fuera de taquilla a elevado precio.



ANTES DE COMPRAR
UNA CAJA, PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
PAIS

ARCAS GRUBER
S. A.

BILBAO

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

126. M. G.—*Barcelona*.—Su paisano Mario Cabré y Esteve nació en la calle de Aribau, de esta ciudad, el 6 de enero del año 1916, según nos manifestó verbalmente el difunto padre de dicho diestro. La primera vez que este toreó con picadores fué en esa Plaza Monumental de Barcelona, el 23 de septiembre de 1935, para estoquear reses de don Argimiro Pérez con Silverio Pérez y «Gallito» (Rafael Ortega); la guerra que empezó en 1936, entorpeció sus progresos, hasta que se dió a conocer en Madrid el 10 de agosto de 1941, en cuya fecha mató en tal Plaza —acompañado de «Pepete de Triana», López Lago y Pepe Alcántara— novillos de Aleas; tomó la alternativa en la Plaza de Sevilla, de manos de Ortega, y de segundo espada «el Estudiante», el 1 de octubre de 1943; el toro de la cesión se llamaba «Negociante» y era de don Francisco Chica, y el mismo Domingo Ortega —con Antonio Bienvenida de testigo— le confirmó dicho doctorado en Madrid el 8 del mismo mes, con ganado de Muriel. Tres fueron las corridas que como tal doctor toreó en aquel año; 10, en 1944; cinco, en 1945; una, en 1946; 14, en 1947, y 18, en 1948. Su único percance grave lo sufrió el 15 de diciembre de 1945, en la ganadería de don Salvador Guardiola, al realizar una escena para una película. No podemos ser más extensos. El número que le falta de EL RUEDO, puede solicitarlo de nuestro corresponsal administrativo en esa ciudad. En cualquier quiosco le darán razón.



Mario Cabré

127. A. R.—*Madrid*.—Está usted en lo cierto: aquella corrida a que se refiere ni fué de Albarrán ni se celebró en Tetuán de las Victorias, sino en la de Madrid, y con toros de don Julián Fernández (antes de Vicente Martínez). Y vamos a decirle la fecha: 14 de octubre de 1928. Fué, en efecto, a beneficio del Montepío de los funcionarios de la Diputación Provincial, y, como usted dice bien, dichos toros dieron un juego superior, distinguiéndose sobre todos el que abrió plaza, llamado «Extremeño», número 22, negro zaino. Si el autor del trabajo de marras se hubiera cuidado de depurar lo que le refirió el torero aludido por él, no habría incurrido en tal badomia.

Un toro «verdugo» es igual que «chorreado en verdugo», y uno u otro equivale a «chorreado en morcillo». El primero es el que tiene las líneas o chorreas negras, y el segundo, el que las tiene rojizas sobre un fondo negro o más oscuro que ellas. Así, pues, decir «verdugo» o «morcillo» supone tanto como decir «chorreado», y las respectivas denomina-



Pepe Alcántara

Si el éxito que está alcanzando el «Consultorio taurino» de EL RUEDO nos depara satisfacción, no es la de una pueril vanidad, sino la de haber acertado a prestar un servicio a nuestros lectores y a los aficionados en general.

A la vez que agradecemos las felicitaciones que nos llegan, queremos hacer una advertencia a nuestros corresponsales. No deben impacientarse porque las respuestas tarden en aparecer. Seguimos en este aspecto un turno riguroso, y, además, muchas de las consultas, para ser evacuadas, requieren una ardua tarea de rebusca de datos, pues muchos no se contienen ni en las Tauromaquias más reputadas.

A pesar de ello, es labor paciente que realizamos, con gusto y con la única finalidad de aportar nuevos elementos de información a la historia del toreo, y desvanecer viejos errores que venían considerándose como hechos plenamente comprobados. La colaboración de quienes poseen algunos de estos datos difíciles de hallar, y que lógicamente puedan escapar a nuestro estudio, la estimaremos en mucho, puesto que este «Consultorio» no se ha abierto para hacer una demostración de suficiencia, sino como un trabajo de divulgación y de conjunto.

Sepan, pues, nuestros comunicantes que en todo caso serán atendidos, tanto más cuanto que nos ha sido dado comprobar una vez más el interés que despiertan los más menudos detalles de la Fiesta Nacional, a cuyo servicio y exaltación nos consagramos.

ciones indican el color de las manchas.

128. A. M.—*La Carlota (Córdoba)*.—«Manolete», el muerto en Linares, vistió por primera vez el traje de luces en Arlés (Francia) durante el verano del año 1933 —no podemos precisar la fecha— cuando iba agregado a la banda «Los Califas» para intervenir en la parte taurina del espectáculo. Hasta entonces, aun perteneciendo a dicha agrupación, había toreado vestido de corto. Dado el carácter de dicho festejo, hay que suponer que fuera cunero el ganado que en tal ocasión lidiase. Desde luego, se ignora su procedencia.



«Manolete»

Tampoco puede precisarse el número de novillos que estoqueó antes de tomar la alternativa. Lo que sí podemos decirle es que, desde 1936 —que empezó a torear con caballos—, hasta que se doctoró, tomó parte en 36 novilladas.

Desde su alternativa en Sevilla, hasta que perdió la vida en Linares,

e incluyendo sus campañas en América, tomó parte en 504 corridas de toros y dió muerte a 1.014 de éstos, salvo error u omisión.

129. M. E.—*Valencia*.—Nada que el infortunado Antonio Arteaga no aparece por parte alguna, y conste a usted que la Historia recoge también, hasta donde es posible, lo que con los humildes se relaciona, como ha recogido lo de Ramón Urizar, que usted recuerda, cuyo diestro pereció, efectivamente, en Parada de Rubiales (Salamanca) el año 1914. Por cierto que, al pasar a la sazón por dicho pueblo el diestro «Bienvenida» (padre de los actuales matadores del mismo apodo) y enterarse del triste suceso, se detuvo allí y pagó de su bolsillo los gastos que ocasionó el entierro de Urizar. Para que vea usted que la Historia presta atención a todos y a todo. ¿Por qué no había de prestársela al desventurado Arteaga? Lo que debió de ocurrir fué que nadie le dió el soplo a la madre Ufo.



Manuel Bienvenida



Luis Mata

130. J. S.—*Barcelona-Sans*.—Lo que usted desea, por lo visto, es una «Guía turística» del antiguo reino de Valencia, y, naturalmente, para obtenerla debe llamar a otra puerta, hermano.

131. R. M.—*Orba (Alicante)*.—Applíquese lo que decimos al anterior y llame en las puertas de Sevilla.

132. J. V. G.—*Motril (Granada)*.—El matador de toros aragoneses Luis Mata y Fransoy tomó la alternativa en Zaragoza el 5 de mayo de 1946, de manos de «Morenito de Valencia», con toros de Pérez de la Concha, y actuando de segundo espada Domingo González Lucas («Dominiguín»); y le fué confirmada en Madrid por el mejicano «Cañitas» el 21 de julio del mismo año con toros de Miura, mediante cesión del llamado «Cartéremo», negro, figurando como testigo en esta ocasión el diestro navarro Julián Marín.

133. S. T. U.—*Don Benito (Badajoz)*.—Mire usted: el grito de «¡Más corta esa vara!», que constantemente oímos en las Plazas de Toros, lo profieren muchos individuos por rutina, esclavos de un prejuicio que viene arrastrándose sin fundamento de doctrina. La preceptiva de tal suerte arranca de un «Tratado de la Gineta», escrito por «un hijo de la ciudad de Sevilla» (no ha podido averiguarse quién fuera dicho autor) en el año 1678, que es cuando se supone que tal ejercicio de campo fué trasladado a las Plazas. Nos informa de él Cossío, en su obra «Los Toros» (tomo II, páginas 31 a la 40), y es pieza de alto valor porque las instrucciones que da para practicar la referida suerte tienen continuación en los tratados ulteriores, sin excluir los de «Pepe-Illo» y Francisco Montes. Pues bien; este autor, que da pruebas de ser muy experto y calificado, prescribe que el picador ha de repartir la vara en tres tercios, de los cuales «dos han de salir del puño adelante, y el otro tercio trasero, ha de quedar de la mano atrás». Y agrega: «Esta es muy buena manera de usar la vara». Es decir, que desde el puño del picador a la punta de la puya ha de sacar dicho varilarguero dos terceras partes del palo, y esta proporción se observa en los dibujos del propio autor que ilustran la obra, todavía inédita. En «tirar el palo» hasta acomodarlo a las medidas expresadas reside parte de la destreza de un buen piquero, y a poco que medite usted se convencerá de que, a mayor longitud de la garrocha, del puño adelante, y si el toro es bravo y codicioso y el picador hábil, mucho más eficaz resultará el castigo.



¡Más corta esa vara!

Advertencia oportuna



En el cuarto que en cierto hotel de Santander ocupaba el malogrado banderillero Antonio Soriano, «Maera Chico», se armó un poquito de broma y de diversión. Aquel torero simpático sabía hacer imitaciones graciosísimas y cantaba y bailaba por lo flamenco con un salero que no había más que pedir.

Cuando más alegría reinaba y Antoñito era jaleado estruendosamente por los circunstantes, se abrió la puerta de la habitación y apareció en el umbral un venerable señor con larguísima melena y unas barbas que le llegaban a la cintura, cuyo extraño personaje había tomado el cuarto del banderillero por el suyo.

Y «Maera Chico», apenas le vió, y sin dejar el bailoteo zaragatero a que estaba entregado, le dijo: —Zeño: la peluquería está en el pizo de abajo.

AFICIONADOS DE CATEGORÍA Y CON SOLERA

BONMATÍ DE CODECIDO va a escribir la novela de la Fiesta



NO es lo mismo hablar de toros con un aficionado al margen de la literatura que hablar con un novelista aficionado a los toros; sobre todo, si el novelista en cuestión está tan absorbido en su profesión, que todo lo convierte en tema y se complace en su forma como al escribir una página literaria. Este es el caso de Bonmatí de Codecido, escritor que vive para la novela. A él mismo le hemos oído decir:

—La novela es un sacerdocio. Hay que consagrarse a ella por completo y renunciar a muchas cosas por ella. A mí podrían pedirme que abandonara mi Peña de amigos, que dejara de gustarme las mujeres, que es lo que más admiro; cualquier sacrificio, en fin. Pero a lo único que no accedería nunca es a dejar de escribir novelas. Nunca he sentido la tentación de escribir para el teatro. Aunque sea lo menos comercial en literatura, creo que lo más digno de ser tomado en serio es la novela.

Con esto creo que queda definida la más importante faceta de la personalidad del escritor, que no sólo teóricamente rinde culto a la novela, sino que en la práctica dedica a ella lo mejor de su tiempo y lo más cultivado de su espíritu; Bonmatí de Codecido escribe uno o dos libros anuales. Y aun le queda tiempo para ser aficionado a los toros.

—¿Qué es lo que más le gusta a usted de la Fiesta?—le preguntamos.

—Todo. No sólo cuanto ocurre en la Plaza, el magnífico espectáculo, la emoción del toro y las reacciones del público, sino el ambiente formado alrededor de la Fiesta: los comentarios de los aficionados, la popularidad de los toreros, las ganaderías, y hasta la entrada a la Plaza en día de corrida, con ese olor penetrante del público de toros: un olor a cigarro habano que impregna la atmósfera. Muchas veces, al percibir en cualquier sitio el aroma de un cigarro puro, no puedo dejar de evocar una tarde de toros. Es tanto lo que me gusta la proximidad del público de toros, su observación, que pudiendo ir al palco del Ayuntamiento, prefiero comprar mi localidad y acomodarme en el tendido para disfrutar mejor de todos los pormenores de la corrida, que para mí no se limita a las suertes que se suceden en el ruedo.

—A propósito de suerte: ¿cuál es la que más le gusta?

—El capote y la muleta es lo que más me

gusta. En cambio, las banderillas no me hacen mucha gracia. Tampoco me convence la suerte de varas. No puedo evitar el ver la Fiesta desde un punto de vista puramente plástico, de manera literaria. Si he llegado a enterarme de la técnica taurina ha sido a fuerza de ver corridas, porque en realidad no es eso lo que me interesa.

—¿Desde cuándo va usted a los toros?

—He ido siempre, desde niño.

—¿Qué épocas ha conocido?

—Desde "Joselito" y Belmonte, hasta la última temporada, todas.

—¿Y cuál cree usted que ha sido mejor entre ellas?

—Admiro el toro actual. Las corridas que recuerdo con más emoción pertenecen a la última etapa del toro. Una de ellas fue aquella de Beneficencia, en Madrid, que toreó "Manolete". Le tocó un toro muy malo, que fué retirado, y le dieron después uno de Pinto Barreiro, al que hizo maravillas. Recuerdo también otra de Pepín Martín Vázquez, el año pasado, y otra aun más cercana, y que es uno de mis mejores recuerdos taurinos: la alternativa de Manolo González. Creo que "Manolete" y Manolo González son los toreros que más me han gustado.

—¿Dónde cree usted que es más bonito el toro, en el campo o en la Plaza?

—No sé qué decirle; porque si en un sitio tiene belleza y alegría, en el otro resulta magnífico. Como ya he dicho antes, me seduce todo lo que tiene relación con las corridas; así que, figúrese la importancia, que tendrá para mí la Fiesta campestre, las faenas de tienta y hasta los herraderos.

—¿Le interesa a usted el toro?

—Sí, aunque sin detenerme a discutir con demasiados pormenores sus características, porque ya le he dicho que no soy un erudito y que la Fiesta me interesa plásticamente. Prefiero que el toro sea grande; pero no me gusta un manso como una catedral; lo principal es que tenga bravura y casta.

—Y en el toro, ¿qué le interesa más, ¿el arte o el valor?

—El arte; todo lo que demuestre que la



gracia puede vencer a la fuerza. En el torero, el arte, y en el toro, la bravura, dan el conjunto grandioso de esos momentos taurinos en que la belleza adquiere el sentido más sublime al ser rondada por la muerte.

—¿Le gustaría ver torear a la mujer?

—No, no... Es tanta la admiración que siento por ella, que verla expuesta al peligro y a la rudeza del toro me parece muy desagradable. Creo que la mujer tiene bastante con ser mujer. La que triunfa sin necesidad de ser una gran escritora, o pintora, o escultora, o llevar un ilustre apellido, consigue, a mi modo de ver, la mejor victoria en la vida.

—¿Cree usted que al toro actual le sobra o le falta algo?

—No lo creo. El toro debe conservarse puro con todas sus tradiciones. El suprimir cosas e imponer innovaciones es deformarlo, inventarse un nuevo espectáculo que nada tiene que ver con el toro.

—¿Usted ha toreado alguna vez?

—No. Pero en mi tierra, siendo niño, he corrido delante de los toros cuando en las fiestas los soltaban por las calles. Una vez me cogió uno y, además de sufrir su embestida, tuve que guardar el secreto para no exponerme a la reprimenda de mis padres. En eso consisten todas mis glorias taurinas.

—No está mal. Otros pueden contar aún menos hazañas. Y ahora terminaremos nuestra conversación taurina llevándola al camino de la literatura, ya que ve usted la Fiesta de manera literaria. ¿Qué opina de cuanto se ha escrito alrededor de los toros?

—Creo que la verdadera literatura taurina está todavía por hacer. Esto es, que la novela de toros no se ha escrito aún. Se han escrito libros de verdadera erudición, perfectamente documentados y muy útiles, como la Enciclopedia de Cossío, por ejemplo, que tiene toda mi admiración, y otros libros muy interesantes también. Pero, literariamente, no se ha hecho ninguna obra que capte por entero el ambiente taurino, ninguna novela que se desarrolle íntegra dentro de él. Y sería interesante hacerla, porque es un tema esencialmente español y que está aún sin desarrollar en la novelística española.

—¿Piensa usted escribir alguna novela de toros?

—Sí; quisiera escribir una, larga, de cuatrocientas páginas, con las características que antes he dicho: es uno de mis proyectos. También, en un tomo de novelas experimentales que pienso hacer, quiero que una de ellas —novela corta— se desarrolle toda durante una corrida de toros.

—De usted esperamos grandes cosas. —Ya he dicho que puede esperarse todo, menos que dejé de escribir novelas, y ahora añado que también todo, menos que dejen de gustarme los toros.

—Pues enhorabuena, y muchas gracias por sus contestaciones.

COÑAC
FEUDAL
(SOLERA)

La marca
de Jerez
de Siempre

VALDESPINO



La corrida del pasado día 9, en Méjico, fué buena. Ya en el primer toro se hizo aplaudir Silverio al torear con la capa



Fuó éste uno de los derrechosos que Silverio Pérez dió a su segundo. El público pidió y obtuvo la oreja del bicho para el matador

LA CUARTA CORRIDA DE LA TEMPORADA EN MEJICO

Toros de La Laguna para Silverio Pérez, Antonio Velázquez y Rafael Rodríguez



Al segundo toro le hizo Antonio Velázquez faena de la que destacaron varios naturales muy bien ejecutados



Otro natural de Velázquez al segundo toro, del que cortó oreja y rabo, tras matarlo bien de una entera buena



Aunque el público no esperaba faena en el tercero, que mansurroneó, Rodríguez la hizo a fuerza de valor



También se lució en el sexto Rafael Rodríguez. Esta manoletina fué emocionante (Fotos Cifra, exclusivas para EL RUEDO)

BIBLIOGRAFIA DE TOROS
Los viajes y las observaciones
de un crítico taurino
DE LA CECA A LA MECA
UN AMENO LIBRO DE K-HITO



El crítico taurino tiene que viajar constantemente. Las Ferias importantes reclaman su presencia y función. Si el crítico, además, es un espíritu observador y un escritor ameno, puede añadir a su labor concreta, referida a la Fiesta, otro tipo de crónicas descriptivas, impresiones de ciudades y costumbres. Esto acaba de hacer nuestro querido compañero Ricardo García, "K-Hito", director de "Dígame", que ha recogido en un libro, de fino humorismo, sus notas y apuntes. Aunque muchos de los capítulos que integran "De la Ceca a la Meca" —que es el expresivo título de la nueva obra "kaitesca"— no se contraen a los temas taurinos, la alusión es frecuente. Y hay páginas enteramente consagradas a corridas, conversaciones con toreros, figuras que tuvieron notoriedad y ya viven del recuerdo, tentaderos, la vida campera, los viajes de los matadores y sus cuadrillas, el ambiente de las ciudades en torno a los festejos y otras estampas, admirablemente trazadas, que con el toreo se conectan directamente. La mayoría de esas excursiones del cronista estuvieron motivadas por su labor crítica. Y las poblaciones tienen otra fisonomía en días de corrida. Cambia el ambiente. Se respira "fiesta" por todas partes. No es extraño que "K-Hito", al recoger sus materiales para componer luego la versión de cada sitio y momento, adelante los perfiles y dé más importancia a los aspectos que tienen que ver con los toros.

La visita al torero en el cuarto del hotel —una pincelada llena de gracia, de verismo— es un pasaje esencial en las corridas de Feria. El artista quiere estar tranquilo, sin la fatiga de la charla y los cumplimientos; pero no hay manera. Cada cual considera que es una excepción. Y hay que pagar ese tributo. Llega el desconocido, pero como presume de ser íntimo amigo y quiere presentar a otros tres o cuatro, deseosos de trato con el espa-



da famoso, no se le va a descomponer el cuento. El torero, entonces, hace un esfuerzo mental para ir enterándose de quién es el visitante. "¡Ah, sí, Serapio, claro!..." En el caso de Ortega, es la diplomacia, el tono de cortesía, el dominio de una técnica. En el de otros,

la defensa contra el asedio. Sabiazos de todas clases. El apoderado se desespera: "¡Como tiene esa fama de generoso!" Las demandas se clasifican en montones: los que piden dinero por las buenas; los que quieren una ayuda para obras benéficas; el que necesita la piedad ortopédica...

Otra estampa plena de realismo, descrita con ingenio, es la del viejo lidiador, ya retirado. Concretamente, "Machaquito", en Córdoba, con su Peña de amigos, su prestigio bien ganado. Antes fué el "Guerra". Y de "Manolete", que aparece citado con frecuencia —no se puede olvidar la especial devoción del ilustre cronista para el "Monstruo", como él le denominaba, con sobrenombre que alcanzó notoria aceptación—, la concisa y exacta referencia a su seriedad, su precisión de palabra con el recuerdo de la tertulia de incondicionales en la ciudad nativa. Entre los relatos, el del viaje con los toreros: La cuadrilla y el matador, hacinados en un coche, viajan de noche para llegar a Madrid de madrugada. El periodista refiere pintorescos detalles del viaje, las incidencias, el canto jondo de un ban-

derillero, la canción melosa del espada, el puro que hay que poner en la boca del chófer para que no se duerma, el diálogo "sui generis" de los lidiadores. La narración es interesante, divertida, con un conjunto de agudas observaciones. Los tentaderos y las dehesas, el empaque señorial de los ganaderos, las faenas del campo, la obsequiosa hospitalidad de las señoras, el insidioso aprendizaje de los principiantes protegidos constituyen otro capítulo bien visto, certeramente recogido. Y, en fin, hay un cuadro que alcanza el valor de agua fuerte, de impresionante boceto: el de la corrida pueblerina, con los carros en la plaza, los atuendos humildes de los torerillos y el valor emocionante del que mata la vaca brava y cornalona, tras de una faena digna de un recuerdo de categoría, y pide, después, que se le empuje, que se le proteja, para torear en "plaza redonda".

Afanes, anhelos, pequeños dramas de la vida de los modestos, gloria y aureola de los consagrados, amigos y seguidores de los grandes artistas, tono y fisonomía de las ciudades en días de Feria —un apunte de gran fuerza realista, de magnífico impresionismo, es el encierro de Pamplona— se mezclan con anécdotas curiosas, con observaciones finísimas y con peripecias del infatigable viajero.

Y fuera de la conexión con el tema central, los toros, una sucesión de dictámenes y juicios, calificaciones y puntos de vista singulares, de remarcado carácter personal, hacen de este nuevo libro de "K-Hito" una guía pintoresca, original, no exenta de grandes verdades, que puede servir al viajero mucho más que esas otras guías de uniforme estructura, que dicen lo mismo siempre y que no profundizan en la esencia de las cosas y los nombres, como el lápiz, para la nota escrita y para el rasgo en caricatura, humor del más sutil e incisivo del autor de "Yo, García", que en esta tercera aportación a su "Anaquelet" demuestra la sazón de su ingenio y el dominio de su técnica.

FRANCISCO CASARES



MANOLO
DOS SANTOS

La figura taurina más atractiva de la próxima temporada

El gran torero de la nación hermana, que por su personal estilo y por los triunfos conseguidos al finalizar la pasada temporada constituye la más atractiva figura de la Fiesta en la temporada que pronto va a empezar. Así lo han proclamado los públicos y así lo espera la afición.

Tienda y herradero en la ganadería de don Francisco Gallardo Burgos

Se celebró en «Los Rayones», Huescar (Granada), interviniendo los matadores de toros Pedro Barrera y José Vera «Niño del Barrio». Los novilleros Ramón Barrera —sobrino de Pedro—, Antonio Reina, Pedrín Moreno y Juanito Tendero, y los aficionados señores Monsalve, Domech y «Mario Danagra», corresponsal de EL RUEDO en Granada



Con Andrés Garrido, «Gordo» —a caballo— se agrupan los toreros y aficionados que han de intervenir

Isabelita, sobrina del señor Gallardo, luz y alegría de «Los Rayones», torea al alimón con Juanito Tendero

... Y ahora, Isabelita explica prácticamente a nuestro corresponsal cómo se hierra a un becerro



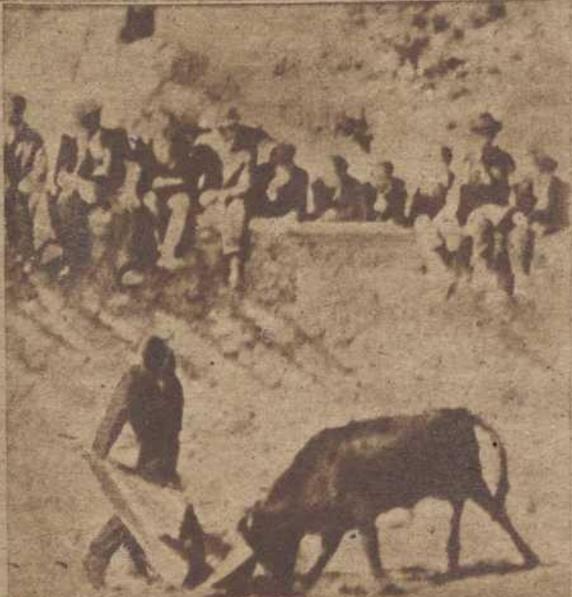
Las constantes intervenciones del gran aficionado señor Monsalve fueron siempre así, para que nadie las pudiera superar

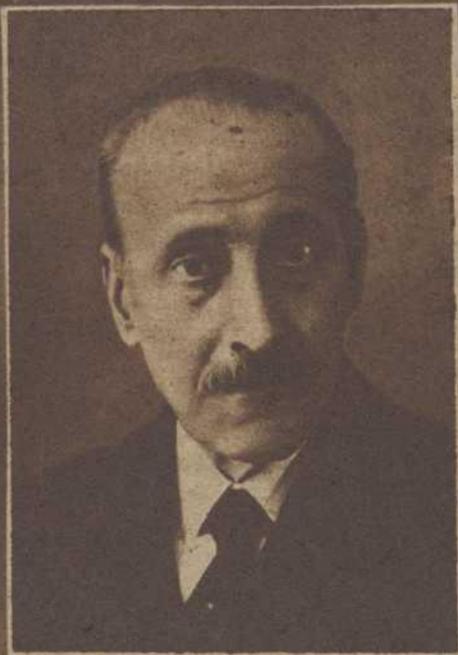
«Mario Danagra» demuestra en este soberbio pase que domina de igual manera la teoría que la práctica

«Niño del Barrio», señor Monsalve, nuestro corresponsal en Granada, «Mario Danagra», y Juanito Tendero

(Fotos Torres Molina)

El aficionado don Luis Domech, en un lance de capa de verdadero «maestro»





En torno al
centenario del nacimiento
del popular poeta festivo

CARLOS LUIS DE CUENCA
buen aficionado y escritor taurino

Publicó muchos versos y crónicas
dedicados a la Fiesta
Nacional

ello «salvó» la vida. Escribió el prólogo, así como el primer capítulo. Pero lo demás lo dejó apuntado en parte y en parte sin anotar siquiera... Carlos Luis de Cuenca anunció así su obra:

*Erase un toro viejo. Cosa extraña,
sobre todo en España,
donde el rigor de las taurinas leyes
llegan a la vejez sólo los bueyes
y el toro, en general, pierde la vida
en la cornuda juventud florida.
Un toro viejo, digo,
que de muchos sucesos fué testigo,
y tan privilegiado de memoria,
que no olvidaba nada
y podía contar de una sentada
todas las peripecias de su historia,
queriendo hacer alarde de su ciencia
entre los literatos,
aprovechando los curiosos datos
que le suministraba su experiencia
y acariciando el vanidoso intento
de lograr con la pluma
subir como la espuma
de la inmortalidad al alto asiento,
se dió tan buena traza,
que escribió sus «Memorias de Ultraplaza».*

El día 8 del actual mes de enero se ha celebrado el centenario del nacimiento de Carlos Luis de Cuenca, el popular poeta festivo, que llenó con sus prosas y versos numerosos periódicos y revistas de su época, y que fué aplaudido en escenarios por sus comedias, zarzuelas y juguetes cómicos.

Entre los artículos y crónicas conmemorativos que se han dedicado a su recuerdo no se ha publicado ninguna que recuerde un perfil interesante de su personalidad. Se ha hablado de él como poeta de musa fácil, como escritor madrileño, como tertuliano de cafés matritenses, como autor teatral, como auditor de Guerra y Marina, como hombre de hogar y caballero cabal... De todo esto se ha hablado; pero se ha olvidado la faceta del aficionado y del escritor taurino.

Para reparar en lo posible esta omisión, van estas líneas.

Aunque «Don Ventura», en su «Historia de los escritores taurinos del siglo XIX», no se ocupó de Carlos Luis de Cuenca, el popular autor de «La herencia de un rey» escribió, sin embargo, de toros bastantes crónicas y dedicó a la Fiesta Nacional coplas y versos en «La Correspondencia Militar» —que dirigió Fernández Arias, el padre de «El Duende de la Colegiata», en «El Debate» —del que fué colaborador asiduo en los últimos días de su vida, y donde la muerte le dejó truncados unos interesantes relatos autobiográficos, bajo el título de «Memorias del Madrid Viejo» — y en la revista «Toros y Toreros»...

Que nosotros recordemos, dejó versos de gran ingenio, entre los que se destacan «Don Blas, el aficionado», «Fiesta Nacional», «Pas de taureau», «Los ex castizos», «La Escuela de los Becerros»...

Por cierto que en esta composición anunció su propósito de escribir un libro taurino, que no logró terminar... Se propuso escribir una serie de versos dedicados al toro que no se dejó torrear y por

*A enriquecer mi literario acervo,
la suerte ha destinado tal tesoro,
y yo como oro en paño las conservo
y de leerlas me las sé de coro,
y no se han de pasar muchas semanas,
si me concede Dios salud y vida,
para que no me quede con las ganas,
sin que la referida
cornúpeta obra de arte
publique en tono aparte
al humano lenguaje traducida.*

*Y mientras tu atención sobre esto llamo,
simpático lector, y suavemente,
pues tu benevolencia lo consiente,
te coloco el proyecto y el reclamo...*

Era un buen aficionado a los toros. Eso que dice todas las semanas Pilar Ivars bajo el membrete de su serial «Aficionados de categoría y con solera», tenía en él razón y realidad. Fué un lagartija ta apasionado, y más modernamente, un entusiasta de «El Algabeño» y de «El Guerra». No se perdió una sola corrida en Madrid, hasta que la edad y la salud le impidieron asistir a la Fiesta. En sus últimos años evocaba con su buen amigo don Luis Mazzantini, el rey del volapié, las grandes faenas de ayer en los que los dos dejaban recordadas las alas nostálgicas de la remembranza.

En su novela «Juan el Tonto» describe una escena de capea en el madrileño pueblo de Colmenar Viejo, corrida rural que el autor presencié en su juventud, y cuyo recuerdo quedó grabado de por vida en su memoria, al contemplar como una muchacho dumberde cobarde hostigó ferozmente a un toro hasta lograr que cornease trágicamente a un torerillo de turno...

JOSE ALTABELLA



DON BLAS, EL AFICIONADO

*Aquel es don Blas. ¿Le veis?
En esa contrabarrera,
que ocupó por vez primera
el año setenta y seis,
continúa y persevera.
Siempre la tiene abonada,
y ha tenido la fortuna
de no faltar a ninguna
corrida ni novillada.
Si oísteis que era llamado
el primer aficionado
de la Plaza de Madrid
y no dábais en el quid
del dictado,
tened la seguridad
de que en esencia y presencia
es el primero en verdad,
no sólo por competencia,
sino por su antigüedad.*

*Don Blas, dando explicación
del móvil de su afición,
aunque no la necesita,
dice que los toros son
su diversión favorita.*

*Juicios difíciles son
los de los gustos ajenos;
pero, en mi humilde opinión,
eso de la diversión
tiene sus más y sus menos.*

*En los días de corrida,
al volver del apartado,
quiere almorzar en seguida;
y como el almuerzo ansiado
no suele estar a medida
de su prisa preparado,
don Blas, que se desespera*

*por no tenerlo a su hora,
sostiene una pelotera
con sus hijas, su señora,
su doncella y cocinera.*

*Su serviente taurofilia,
con tan plausible motivo,
le da como aperitivo
un disgusto de familia.
Sale al fin de sopelón,
buscando por el camino
medios de locomoción
para ir al circo taurino,
y otra desesperación.*

*Como si se conjuraran
para ponerle en aprietos,
los tranvías van completos,
las manuelas no se paran.*

*Esto le saca de quicio
y echa rayos y centellas
al alcalde, por aquellas
deficiencias del servicio.
Al fin consigue llegar.*

*Ya está tranquilo y sereno,
colocado en su lugar,
la corrida va a empezar,
y entonces viene lo bueno.*

*El primer disgusto grave
se lo causa el alguacil
por no coger bien la llave;
luego el chulo, que no sabe
abrir más pronto el toril.
Luego el toro, por su traza
y pequeñez evidente,
que no es un toro de Plaza,
sino una cabra indecente.*

Después le saca de tino

*el picador al picar,
a quien suele molejar
de ladrón y de asesino.*

*Y así sucesivamente,
con todo bicho viviente
que en la lidia toma parte,
y hasta con el presidente
o autoridad competente,
incompetente en el arte.*

*Furioso y atrabiliario,
y usando un vocabulario
extrarradio del decoro,
¡suele citar de ordinario
desde la madre del toro
hasta la del empresario!*

*Y de tal modo perdura
el disgusto y la amargura
de don Blas,*

*que a las tres horas y aun más
de acabarse la función,
sostiene una discusión
con tal cólera y con tal
ausencia de buen sentido,
que alguna vez le han tratado
una cuestión personal.*

*Cuando alguna vez le riño
por su actitud descompuesta,
se excusa con su cariño
entusiasta por la Fiesta
Nacional, que es su ideal.*

*—¿Fiesta Nacional? No hay tal.
¡Si usted sufre horriblemente!
Para usted, es propiamente,
el disgusto nacional.*

CARLOS LUIS DE CUENCA



El camino del cine pasa por el ruedo

PEPE AGUAYO, torero precoz, figura de la cámara

CON su premio a la mejor fotografía, recién otorgado por el Círculo de Escritores Cinematográficos, y otro premio en perspectiva, Pepito Fernández Aguayo, ex torero, se ha situado en la vanguardia de los operadores nacionales de cine.

Pero juraría yo, aunque su vida esté encauzada por los plácidos derroteros de la cámara, que a él lo que más le halaga es que alguien, evoque su pasado taurino, del que, como hijo de "Baldomero", ante cuyas máquinas desfiló la Edad de Oro del Toro, posee un álbum fotográfico imponente.

En el rincón de una cafetería le pasamos revista detenidamente, y la voz de Pepito —¡vaya, que no, que no me decido a llamarle ni siquiera Pepe!— en "off", como se dice en la jerga de los Estudios, va explicando:

—Yo me aficioné al toro a fuerza de verlo desde el callejón, a fuerza de hacer fotografías a aquellos toreros de entonces. Pero el "empujón" me lo dió "Chicuelo", que fué, desde entonces, mi ídolo máximo. Con entradas para verlo, cobraba yo las primeras fotos que le saqué en Madrid. Me parecía aquel el precio más alto que pudiese exigir...

Repasamos juntos media tonelada, por lo menos, de cartulina.

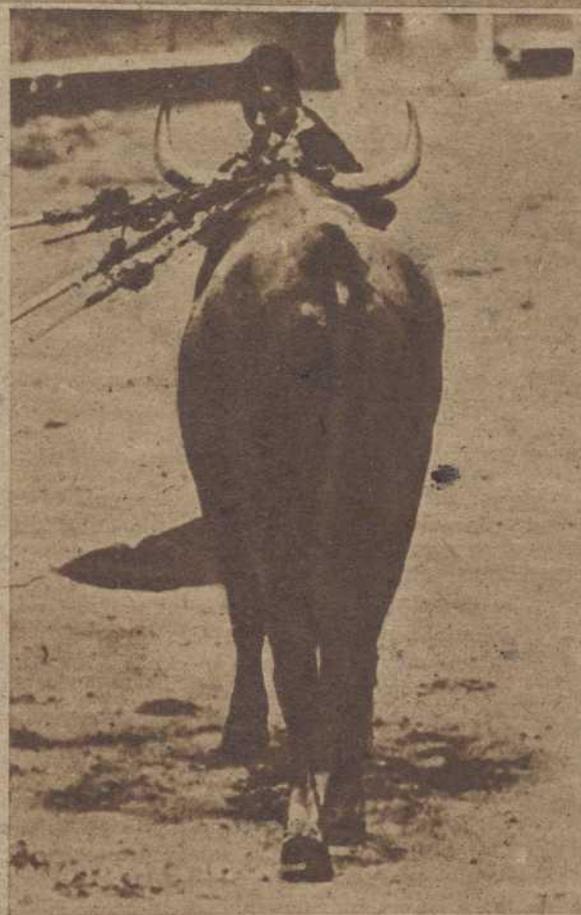
La admiración de Pepito, por el fino torero sevillano —¿quién sabe si por razones de estatura, de conformación física?—, queda reflejada en estos lances, en estas verónicas y estos pases de pecho, donde bureles ciertamente desproporcionados para su envergadura rozan la figura redondita del "cameraman" de "Locura de amor". Es como un "Chicuelo" en pequeño, si vale la redundancia. Planta, sabor, arrogancia...

—Conmigo —y con "Maravilla", con el que for-



En la Plaza de Vista Alegre, tomando unas escenas para «Currito de la Cruz»

Aguayo, torero precoz, con «Maravilla», paseados en brazos triunfalmente



Derecho a la cruz. La estatura es lo de menos

mé pareja en seguida, al cabo de unas becerradas— se dió el caso pintoresco de prohibirnos las actuaciones, por nuestra corta edad, pero después de torear dos años seguidos. Empecé a los once, en Vista Alegre, con "Chiquito de la Audiencia" y "Maravilla", después del que pudieramos llamar "bautismo taurino", que fué en Cercedilla.

—¿Cuál fué tu virtud más destacada como torero, Pepito?

—Yo diría que mi pundonor. Al menos, mis ganas de agradar. Lo he hecho todo y lo he intentado todo. El día en que vestí mi primer traje de luces, en Gijón, estaba enfermo. Me resistí a ser sustituido, y sólo a instancias de los médicos concedí irme para la enfermería. Bueno; pero salió a la arena, me olvidé de la fiebre y del decaimiento y maté mis novillos como un hombre. Tampoco me arrugaba ante las manifestaciones del público, por absurdas que fueran. Verá usted: yo fui el primer novillero español que toreó en Méjico. Hice mi presentación en la temporada 31-32 en la Plaza El Tero, con Garza y "El Soldado". Al hacer el paseillo, el público, que no veía con buenos ojos

que también fuesen al país novilleros de España, me obsequió con una pila "de miedo". Yo iba ajeno al porqué. Pero cuando me lo dijeron, palabra que me sentí crecer. Tuve a la gente de uñas un buen rato. Pero a poco de meter el capote, me los eché al bolsillo. Luego tuve la suerte de hacer a Garza dos quites muy oportunos, y salí ya de la Plaza con una ovación...

—¿Te castigaron mucho los toros?

—Poco. Dicen que fui eso que se llama "un rata". Lo cierto es que tuve suerte, y nada más. Sólo dos cornadas recuerdo: una en Tetuán y otra en Méjico, en Ciudad Juárez. Nunca me avisaron. Hasta que en Vista Alegre, una tarde...

Pepito Aguayo lo cuenta al pormenor, serio por fuera, divertido por dentro. Salió un novillo al que no había forma de cuadrar. Una y otra vez intentaba echarse el estoque a la cara, y una y otra vez, el animalito le daba "marro". Sonó el primero y sonó el segundo, y prosiguió la cacería. Finalmente, Pepe decidió recurrir a la astucia. Y resguardado tras un banderillero, como si se tratara de matar un leopardo, le sacudió un mandoble que lo envió al "cielo" de los toros.

—Bueno, no lo creerá usted. Pero al público le cayó tan en gracia, que me dieron una ovación tremenda y hasta tuve que dar dos vueltas al anillo.

—¿Por qué dejaste las Plazas, Pepe?

—Muy sencillo. Al cabo de ocho años de vestirme de luces descubrí que yo continuaba con mi metro cuarenta y nueve centímetros. Pero el ganado que me echaban llegaba ya a las cuarenta arrobas. Me pareció una desproporción demasiado manifiesta. Y me fui. Volví a la fotografía. Y poco después, el que había sido mi compañero de cuadrilla infantil, "Maravilla", que estaba actuando en "Currito de la Cruz", me presentó a Gaerner, el operador de la película. Me tomé bajo su tutela y me lancé al cine. Hasta ahora...

Hasta ahora, que cerrando un ciclo torero, en una vuelta al ruedo de su juventud, Pepito terminó de fotografiar como primer operador un nuevo "Currito", en el que un matador de toros auténtico, Pepín Martín Vázquez, da la sorpresa del año como actor.

En el montón de fotografías que invade el velador saltan los "stills" de la cinta. Y algunas instantáneas tomadas durante el rodaje, en las que vemos al "cameraman" recordando, con gracia y dominio, sus tardes taurinas.

—¿No ha sentido alguna vez nostalgia de la vida pasada, Pepe, de ocho años de brega por las Plazas?

—Yo creo que no habría torero que no se quitase "del toro" si le ofrecieran un porvenir igualmente brillante y menos arriesgado. Es mucho miedo el que se pasa, amigo. Y sin embargo...

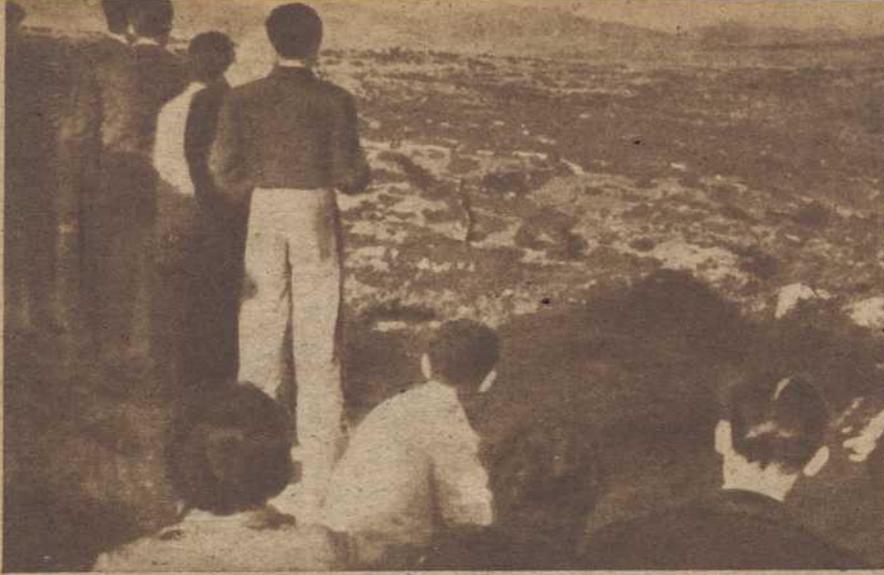
—Y sin embargo, ¿qué Pepito?

—Si tuviese ahora catorce años, volvería a empezar...

JORDAN



Un herradero en Colmenar Viejo



SALIMOS temprano de Colmenar Viejo y, después de un agradable paseo, llegamos a la finca.

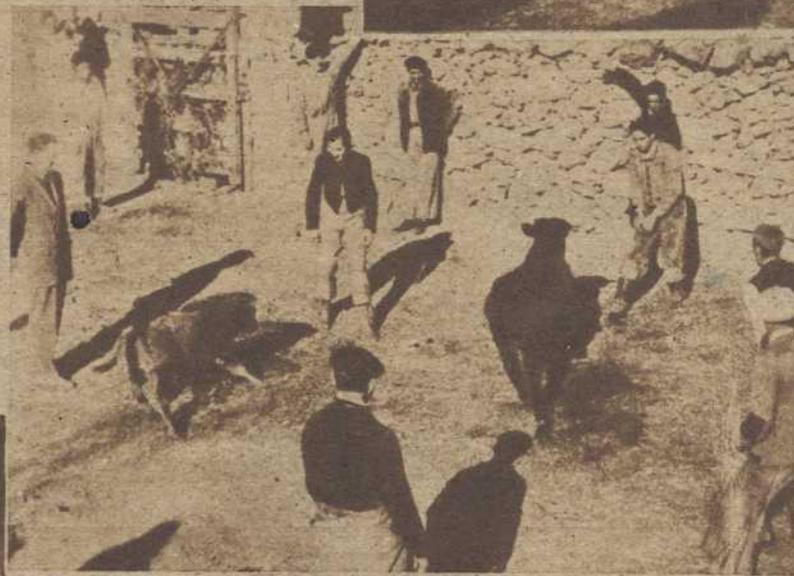
Por encima de las tapias de la corraleta, la vecina Sierra del Guadarrama recorta sus blancas cumbres sobre un cielo azul, limpio de nubes.

Guardas y vaqueros amontonan gavillas de leña y van ordenando los hierros de marcar. El viejo mayoral prende fuego al montón de ramas. Entre nubes de humo y crepitar de llamas, los extremos de los hierros se van poniendo al rojo vivo.

En un corral pequeño, becerros y becerras, con la cabeza levantada, miran con sorpresa y temor a los curiosos que nos asomamos para verlos.

El ganadero, con cuaderno y lápiz en la mano, apoyado sobre un burladero, manda que se suelte al primer becerro, y empieza la faena.

Se abre la puerta y salta al corral el primer choto. Es negro, sale con mucho brío y se arranca como una flecha sobre el primero que ve en el centro del corral: llega hasta él, trepa



Una vez cruzada la puerta, lo sueltan. Dando botes y berreando se va a la querencia de las vacas, que en un corral vecino al del herradero lo reciben de no muy buena manera, porque, o bien por el olor de su piel tostada o por el de la sangre que le chorrea de las orejas, cuando se acerca a ellas le amenazan y le tiran algún derrote con sus finos cuernos.

Nuevamente se abre la puerta



del ganadero pide los hierros. Un vaquero los trae. En sus extremos humeantes tienen el garabato de las citras. En tanto, el becerro, atadas las patas de atrás, berrea, impotente, aplastado contra el suelo por los vaqueros. Un temblor de coraje y miedo recorre su piel.

Con una navaja de corte muy afilado le rajan las orejas, haciéndole una señal especial. Al mismo tiempo, de sus ancas sale una espesa humareda, y por el corral se extiende un acre olor a pelo y carne chamuscada.

Después hay que soltar al becerro. Se le quita la cuerda que amarraba sus patas traseras, y sin que le suelten quienes le sujetan la cabeza, el animal se levanta. Dos vaqueros lo llevan, uno de la cabeza y otro del rabo, y lo sacan del corral. Sería peligroso dejarle suelto dentro, ya que después de marcarle, el becerro, enfurecido por el dolor, se arrancaría y toparía hasta contra las tapias del corral, y se lastimaría contra la piedra.



con las cuatro patas, levantando una polvareda, y después de dar un resoplido se arranca sobre otro que, dando palmadas, le llama la atención, y hace lo mismo que con el anterior «valiente». Así recorre todo el corral, entre arranques de bravura y algún susto que otro, hasta que, en un momento propicio, un vaquero le agarra de los pitones y, ya sujeto entre varios, le derriban en tierra, y sujeto del rabo, patas y cabeza, lo dejan inmóvil.

«¡El uno y el cinco!» La voz



del corralito en donde están los becerretes, y se prosigue la faena con otros bichos.

Y así van saliendo, durante la mañana, cuarenta o cuarenta y cinco becerros. En el corral hay algarabía, risas y bromas. Cada animalito hace cosas distintas.

Entre becerro y becerro se hace correr un cántaro de vinilló tinto, que da nuevas fuerzas para seguir el quehacer, acariciados por los rayos de este sol de invierno, que hoy se ha vestido con galas de primavera.



En las oficinas de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid se reunieron, días pasados, los principales empresarios taurinos de España, para cambiar impresiones sobre la organización de la próxima temporada.

Durante las fiestas de fin de año celebradas en Pamplona (Colombia) resultó gravemente herido el novillero colombiano Efraim Barrera. Fue empitonado por el submentón y el pitón salió por el maxilar. Fue operado con resultado satisfactorio en un hospital de Bogotá. Alternaban con Barrera el español Mariano Guerra y Moisés Hernández.

Cuando en su hacienda de Huando intentaba poner en suerte a un toro, fué cogido el ganadero peruano don Fernando Graña Elizalde, que sufre una cornada en una pantorrilla y la fractura de dos costillas.

El pasado día 9 reapareció en Tlaxcala (México) el matador de toros Heriberto García, que llevaba más de cinco años alejado de los ruedos. Heriberto cortó oreja y rabo en su segundo. Luis Castro, bien toreando y regular con el estoque.

El veterano picador mejicano Francisco Oivera, «Berrinches», fué arrollado por un tranvía en la calzada de Tlalpan. «Berrinches» sufre la fractura de una costilla.

En los locales del Club Taurino de Albacete pronunció una conferencia el cronista taurino del periódico «Levante», de Valencia, don Jesús Lloréns, «Recorte». El tema de su disertación fué «Comentario de la temporada 1948 y panorama de la temporada 1949». Fué muy aplaudido.

Después de treinta y seis años de profesión, anuncia su retirada definitiva el gran picador de toros Rafael Andrade, «Artillero».

En la finca «Cruces», de Almendralejo, se celebraron días pasados las faenas de tienta de las reses de la ganadería de don Félix García de la Peña. El ganadero fué felicitado.

El pasado jueves, en el salón de actos de la Academia Médico Quirúrgica, pronunció una conferencia sobre «Las heridas por asta de toro» el eminente cirujano don Mariano Zumel, que hizo un estudio detenido de las características de las heridas por asta de toro y de las sorpresas de sus trayectorias. La disertación, que fué seguida con gran interés por los oyentes, fué ilustrada con interesantes gráficos. Intervinieron finalmente los doctores De la Villa y Gómez Lumbreras, especializados en el tratamiento de heridas por asta de toro. Todos fueron muy aplaudidos.

En la pasada semana, «El Choni», el popular torero valenciano, ha salido del aeródromo de Barajas con dirección a La Habana, desde donde se trasladará a Colombia y a otras Repúblicas sudamericanas. A despedirle acudieron parientes y amigos
(Foto Santos Yubero)



«El Choni» da su adiós a España a bordo ya del avión que ha de conducirle a América, adonde ha llegado felizmente
(Foto Santos Yubero)

En la tienta de becerros celebrada en la ganadería de don Dionisio Rodríguez se destacó el joven novillero Luisito Romero, que aquí aparece dando un muletazo
(Foto Vera)

Antonio Caro llevará en su cuadrilla en la próxima temporada a los picadores Ramón Atienza y «Gordo», y a los peones Juan Chalmeta, Pascual Bernal y José María Bermejo.

El pasado domingo se celebró en Villafranca de Xiva (Portugal) un festival. Se lidiaron reses de Santos. José Casimiro fué aplaudido. Augusto Gomes y Manuel dos Santos dieron la vuelta al ruedo.

En Méjico se celebró el pasado domingo la quinta corrida de la temporada. Ganado de La Punta. «Armillita» oyó palmas al veroniquear a su primero. Tres pares de banderillas buenos. Hizo una gran faena y mató de una gran estocada. Oreja, rabo y dos vueltas. En su segundo se limitó a alinear. «El Diamante Negro» dió la vuelta al ruedo en su primero y fué ovacionado en el quinto. Jesús Córdoba, que confirmaba su alternativa, oyó palmas en el primero y fué ovacionado en el sexto.

En Lima se celebró el domingo una novillada con ganado de Chumbicas. Adolfo Rojas, «El Nene», estuvo valiente en el primero y cortó las dos orejas y el rabo del cuarto. Juan Guerrero, bien en el segundo y regular en el quinto. Manuel López, «Trujillanito II», mal.

Ha llegado a Méjico el apoderado español José Bernal, que pretende llegar a un acuerdo con el empresario señor Gaona para la presentación del venezolano Ali Gómez. Se sospecha que Bernal pretende preparar el terreno al matador sevillano Manolo González por si se llega a una inteligencia entre los toreros españoles y mejicanos.

Se asegura que se va a proceder a la reapertura de la Plaza mejicana de «El Torco», aunque los aficionados dudan mucho de que ocurra así.

Aunque la fiebre aftosa ha dejado de ser un peligro para las ganaderías mejicanas de reses bravas, la Secretaría de Agricultura y Ganadería de Méjico ha iniciado una vacunación general de las ganaderías mejicanas, aun en las que la enfermedad no se presentó.

Se halla en Méjico el apoderado del ecuatoriano Edgar Puente, que trata del contrato de su poderdante en Plazas mejicanas.

Se asegura que el mejicano «Chatito Mora», actualmente en Lima, tomará la alternativa en Morelia el próximo 5 de febrero, alternando con Rafael Rodríguez y Jesús Córdoba.

B. B.

ACEYTE YNGLES

C. S. 150

PARASITO QUE TOCA... IMUERTO ESI

GOYA, iniciador de la pintura taurina



Autorretrato, casi desconocido, de Goya (?), de la Colección Lázaro, hoy propiedad del Estado

dibujos y grabados del tema taurino, habían de encontrar eco, resonancia y continuidad en los pintores que habían de sucederle. Goya, que es el primer artista pictórico que siente atracción sugestiva por lo popular, se acoge, con cierta regustada complacencia, a cuanto de anecdótico rodea a la Fiesta Nacional, y consecuente con su propio temperamento dibuja las treinta y tres láminas que han de constituir la primera parte de su famosa — y valiosa — serie taurina, llamada "La tauromaquia". Verdad es que antes que él Antonio Carnicero ha divulgado las diferentes suertes del toreo; pero el pintor aragonés, más hábil, más artista y con más amplio conocimiento, no ya del dibujo, sino del festejo, graba unas planchas que, al par que un documento interesantísimo de la época, había de suponer una gran lección tauromáca, puesto que recogían una serie, ya olvidada, de suertes y de costumbres que eran como la fuente y origen de las primeras corridas de toros. Goya,

CUANDO Carnicero, en los finales del siglo XVIII, sienta los jalones de lo que luego ha de constituir uno de los más sobresalientes motivos de la pintura de género, ignoraba que muchos, casi todos sus

sin embargo, apenas usa el pincel para tratar el tema taurino. En este aspecto, puede decirse que es más bien magnífico dibujante y grabador. Los colores casi sólo los usa para las costumbres, que, embellecidas y aristocratizadas por él, han de servir de modelo para sus afrancesados tapices, que contrastan con la recia e inquietante contextura, técnica y espiritual, de "Los caprichos" y de su hermana artística "La tauromaquia". Pero la suerte estaba echada, y lo que pareció un asunto o tema esporádico de Carnicero y una reiteración de Goya, se convirtió, por arte e influencia del ambiente, en una rama temática importantísima de la pintura. Eugenio Lucas, que vendría después de ambos, apoyándose en la técnica y colorido del segundo, intervendrá, ya de una manera total, en la restauración o implantación definitiva del tema de los toros en el arte pictórico. Los tres — Carnicero, Goya y Lucas — formarán la base o el trípode sobre el que descansa el gran edificio de la inspiración plástica. Lo que venga después de ellos marcará otra fase de la pintura afín con la estética y la técnica predominante de la época. Aquella técnica del siglo XIX, que estaba entre el clasicismo académico y la revolución romántica,

"La torera", dibujo en blanco, original de Francisco de Goya, perteneciente también a la valiosa e importante Colección Lázaro

la subsiguiente, que es la que por algunos avanzados extranjerizantes se sostiene hoy.

De Lucas y Alenza se seguirá por Villaamil, hasta enlazar con aquella ilustre pléyade de pintores que pusieron de moda la pintura de género, anecdótica o de historia — pintura llamada de telón —, que enriqueció, a pesar de todas las censuras, la agitada e intelectual centuria en la que vivieron nuestros abuelos.

Cuando ya surge el siglo XX, la pintura se hace menos anecdótica y favorablemente más taurina porque las plumas y el pincel de Ricardo Marín, de Carlos Ruano Llopis y de Roberto Domingo, entregados casi por completo al esplendor luminoso de la Fiesta, nos descubren, tal vez por las enseñanzas vertidas por Sorolla, las tres modalidades fundamentales y precisas de este género: la luz, el color y el movimiento, que son como los tres caminos antiguos y paralelos que conducen a una misma meta, que es "el arte eminentemente taurino".

Ellos también, los tres, serán el arranque, el modelo y el prototipo de la pintura taurina de lo que va de siglo, porque apoyados en los maestros de ayer, y conscientes de su misión transitoria, no exenta de responsabilidad, de su condición de enlaces, se orientaron hacia un futuro equilibrado y perfecto a tono con las exigencias no dislocadas del momento, pero no perdiendo de vista las enseñanzas del pretérito. Sólo así era posible vencer y conseguir la línea pura y recta de una porción de adictos, de leales discípulos que han de ser a su vez, como en los griegos juegos olímpicos, los que vayan entregando la antorcha encendida de un inagotable fervor pictórico.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS BANDERILLEROS ACTUALES

El ejemplo de su hermano Pablo llevó a José "Parrao" a hacerse torero

La primera corrida que vio José González en la Plaza de Linares —su Patria adoptiva—, una novillada de ínfima categoría, le dejó una confusa impresión, que se redujo, en sus recuerdos de horas semanales del taller, a la luz característica de la Plaza, al brillo de los trajes de luces, a los toreros huyendo toda la tarde del toro y al furioso chaparrón de naranjas, almohadillas y botellas sobre los acobardados lidiadores.

Nada tiene de extraño que con esta desagradable visión no se sintiera atraído a trocar el papel de espectador por el de protagonista. Y, sin embargo, no había de tardar mucho tiempo en que el toreo arraigara profundamente en él, hasta el punto de no tener otra conversación, otras ilusiones y más pensamientos que los toros. Tan rápida y decisiva mutación en el ánimo del entonces mozalbete fué debido al ejemplo de Pablo, su hermano mayor. Nacidos ambos en La Carolina —Pepe, el 29 de agosto de 1913— y criados, como ya se ha dicho, en Linares, adquirieron la vecindad madrileña en 1923.

El mayor de "los Parrao" admiróse una tarde viendo a Pepillo torear con su blusilla a los compañeros del taller. Y comprendiendo sería inútil contrariar los deseos de su imitador se dejó convencer, acabando por convertirse en su protector y maestro.

Comenzaron a ser frecuentes las escapatorias de Pepe tras las miserias que en su difícil aprendizaje acompañan a los torerillos sin protección. Lleno el cuerpo de chichones y cardenales, y de "sietes" en la ropa, el hambre le empujaba al taller, donde era readmitido gracias a su laboriosidad y pericia en la especialidad de tornero mecánico.

Hasta que un día de junio de 1935 decidió, con otro muchacho del barrio de Mataderos, apoderado "Soterillo", lanzarse de lleno al toreo. En la estación del Príncipe Pío tomaron su kilométrico de topes en un mixto que les dejó en Azunifia. Desde aquí, cinco kilómetros a través de rastrojeras y campos de pan llevar, hasta dar con sus huesos en la capea de Bernardos. El festejo resultó accidentado, si se tiene en cuenta el balance de la tarde: seis mozos gravemente corneados.

Apenas si en estas primeras capeas "los maletas" veteranos, que acaparaban las reses toreadas, permitieron a los dos amigos tirar al desuido algún que otro capotazo.

A poco, en Collado Mediano, quedaba disuelto trágicamente el dueto juvenil. En el primer toro de muerte se tiró Pepe, "Parrao", cosechando unánimes aplausos. Deseoso, como siempre, de emularle se lanzó "Soterillo" en el segundo. Al segundo lance el toro lo lanzó al aire, y antes de caer le hirió mortalmente en el pecho. Inútil fué que el capotillo de "Parrao" acudiera rápido y se llevara a la

tera. Con esfuerzo se alzó el infortunado "Soterillo", y ya en pie se llevó las manos al pecho y se desplomó exánime antes de que pudieran acudir a recogerlo.

Sobreponiéndose a la impresión recibida siguió "Parrao" a Mejorada del Campo, donde a los ocho días de la tragedia de Collado Mediano había de cosechar el torero de La Carolina el mayor triunfo de su primera etapa de lidiador. Estaba anunciado para despachar la corrida un torero del pueblo, apodado "Mejoradito". El segundo resultó un toro viejo, architoreado en los pueblos del contorno, y, por añidura, con sus veinticinco arrobas en los lomos. Ante tal inesperada contingencia opusieron los lidiadores su negativa a dejarse coger por el pavoroso "barbas". El alcalde optó por echarlo en plan de capea, suponiendo que no habría quién se atreviera a superar la decisión de los toreros. "Parrao" se encargó de demostrar lo contrario, sacando un gran partido del toraco, al que toreó y muleteó con valentía y lucimiento. Fué entonces cuando Pepe vió en sus manos por vez primera la mayor cantidad de dinero: seiscientas pesetas, fruto del "guante" ferial.

Este y otros sucesivos éxitos no alcanzaron a nublar el buen sentido del hermano de Pablo. Se veía fácil y seguro en los dos primeros tercios de la lidia; por el contrario, a la hora de entrar a matar el estoque aumentaba de peso, hasta el punto de deshacerse de sus enemigos de cualquier forma.

En la Feria de septiembre, de Ta avera, de 1940, mató su último novillo, estropeando a la hora suprema su gran actuación como torero. Este suceso acabó de decidirle, y aun cuando todavía actuó de matador de novillos en varias corridas, el 14 de septiembre de 1941 hizo su presentación de banderillero en Uceda (Madrid), corriendo toros del novillero Lucio Quevedo.

El 24 de octubre del anterior sufrió "Parrao" su primero y único percance. Ocurrió al hacer un quite a un banderillero, en situación apurada, al salir de un par. Toreaban aquella tarde —el 24 de agosto— Mariano Rodríguez y Pepe "Parrao" en el ruedo de Sabiote (Jaén) ganado de don Julio Garrido. "Parrao" consiguió librar al banderillero de la inevitable cornada, a costa de ser él el ac-



cidentado. Al refugiarse en el burladero, una vez hecho el quite, el toro lo alcanzó por el muslo derecho produciéndole una profunda brecha con tres trayectorias.

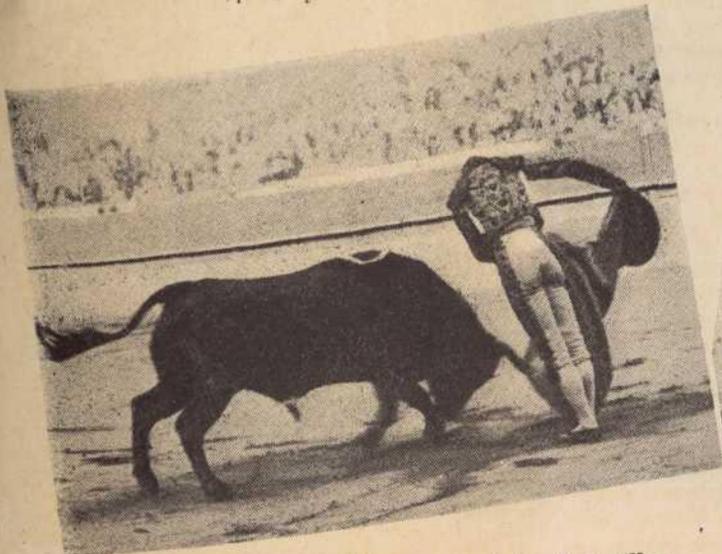
Ante los deficientes servicios sanitarios locales, a toda prisa fué llevado en una camioneta a Ubeda, donde le prestaron la primera cura. Percatado Mariano Rodríguez de la intensa gravedad de su compañero, no cejó hasta conseguir traerle al herido aquella misma noche a Madrid. En el Sanatorio de Toreros confirmaron los pesimismos de Mariano, así como su acierto en proceder con la máxima celeridad. Pepe no volvió a pisar la calle hasta el 11 de diciembre.

Como contrapartida, el mismo día en que el menor de los "Parrao" sufría tan gravísima cogida, Pablo cosechaba en Gijón el mayor triunfo de su vida torera, mereciendo por su labor la oreja de oro puesta en juego.

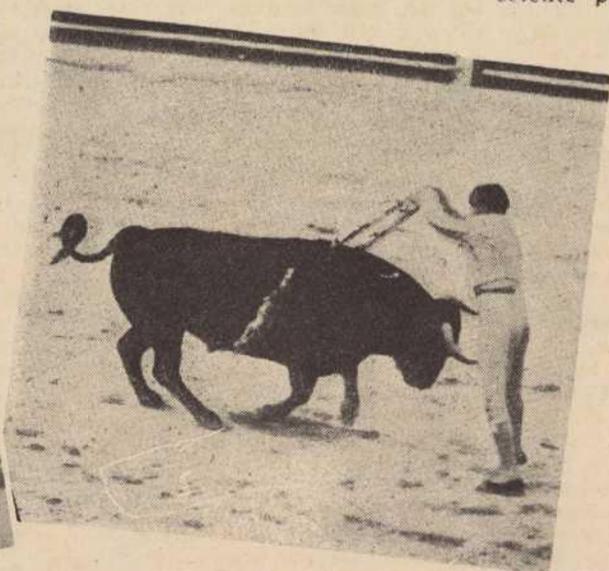
Su reaparición fué, como ya se ha dicho, en calidad de banderillero, el 24 de mayo de 1942, a las órdenes de Emilio Escudero, en la Plaza de Ocaña. La corrida —en la que también intervenía José Luis Dorado— a punto estuvo de acabar en tragedia. De los cuatro bichos, tres resultaron estar toreados, y el cuarto, en su afán de huir, saltó al callejón, y encontrando abierta una puerta se coló en los pasillos de la Plaza. Con gran serenidad, Pepe "Parrao" consiguió volver al animal al ruedo, ahorrando a Ocaña un día de luto.

A partir de este momento cuajó en el excelente peón de brega que hoy es este modesto y simpático torero. Entre otros espadas, más o menos fijos, le hemos conocido a los hermanos "Morenito de Talavera", "Cagancho" y Juanito Bienvenida. En la última temporada, "Parrao", por su seguridad y decisión en correr y tirar de los toros, ha cogido un sitio que no dudamos ha de confirmar y acrecentar, si cabe, en la próxima.

Para sentar con sobrado aplomo estos felices vaticinios, bastaría con el recuerdo de la actuación de "Parrao" en la última corrida de la temporada madrileña. Como correría de salida al último novillo de Zamorano, y con 264 kilos, que el público obligó a Pepe "Parrao" a salir al tercio, montera en mano, para agradecer la mayor ovación de la tarde.



«Parrao», matador de novillos



Un par de banderillas de «Parrao»

La corrida de toros. en láminas al cromo, por Daniel Perea



E. Calle crom.

The mules dragging
out the bull

EL ARRASTRE DEL TORO

Les mules enlèvent
le taureau